



Grupo Creatividad y Esperanza

RESPUESTAS AL CUESTIONARIO-GUÍA DE REFLEXIÓN “SOBRE LA MUERTE”

(Septiembre 2024 - Septiembre 2025)

PRESENTACIÓN

A lo largo de los últimos años el grupo Creatividad y Esperanza ha convocado varias consultas sobre las nuevas formas de entender la fe cristiana y en general el sentido de la vida. En varios de estos encuentros el tema de la otra vida y de la muerte ha salido con frecuencia. Observamos que estas cuestiones son de especial interés para una gran parte de la humanidad

En este período (2024-2025) hemos debatido sobre el hecho de la muerte, su incompreensión, cómo prepararnos para ella y responder la pregunta que nos surge en muchos momentos. ¿Todo termina con la muerte? ¿Qué sentido tienen entonces tantos logros, esfuerzos y proyectos inacabados? ¿Hay alguna continuidad tras la muerte?

En estas páginas os ofrecemos las reflexiones que hemos compartido entre nosotros a lo largo de este período, partiendo de un marco común de 9 afirmaciones comunes y siguiendo una guía consensuada de 7 cuestiones.

Como veréis, nuestras opiniones sobre la muerte y la vida “después” son a menudo divergentes. Creemos que la diferencia de perspectivas, acompañada de profundo respeto y de mutua aceptación, constituye una riqueza, nos hace mucho bien. Damos fe de que así es en nuestro grupo.

Al compartir con vosotras/vosotros nuestras reflexiones, deseáramos recibir también las vuestras, expresadas con la misma libertad. Os animamos a ello. Os lo agradeceremos de corazón, y tal vez podremos prolongar nuestro diálogo sobre estas u otras cuestiones de interés común o incluso celebrar un encuentro virtual sobre vuestras aportaciones. ¿Estarías interesada-interesado en participar en este encuentro?

https://www.youtube.com/watch?v=MfL7UCnS_7E

Nuestros nombres:

Berta Muñoz (Marbella, Málaga)
Emma Martínez Ocaña (Sevilla)
Gerardo González (Santiago de Chile)
José Arregi (Aizarna, País Vasco)
Santiago Villamayor (Zaragoza)
Tony Brun (Washington DC)

CUESTIONARIO – GUÍA DE REFLEXIÓN

1. ¿Qué es para mí la muerte en general?

- Disolución de todo organismo viviente
- Fin, extinción del individuo y su psique (espíritu, conciencia...) - Paso, transformación
- No hay “muerte en general”, depende de cada muerte

2. ¿Aprender a morir?

- Basta con aprender a vivir
- También es bueno aprender a morir
- Aprender a vivir y aprender a morir son inseparables

3. ¿Ayudar a morir?

- Es necesario y lo podemos hacer
- Basta acompañar en silencio
- Es una responsabilidad que implica a las instituciones públicas - Es sobre todo tarea del personal sanitario
- Depende de cada situación

4. ¿Aprender el duelo?

- Es importante para muchas personas
- Se puede aprender a elaborar el propio duelo
- Se puede aprender a aliviar el duelo ajeno
- Es necesario crear ritos laicos de despedida

5. ¿Hay algún tipo de sobrevivencia después de la muerte? - Solo en el recuerdo o la memoria

- El yo profundo sobrevive
- La conciencia sobrevive en la Conciencia
- Todo sobrevive en la “memoria cósmica”

6. ¿Nos enseñan algo las diversas tradiciones sapienciales y/o religiosas?

- Sí, si se leen como lenguaje simbólico, metafórico
- Lo que enseñan son creencias hoy carentes de sentido

7. ¿Tienen sentido todavía categorías como inmortalidad, resurrección, reencarnación?

- Son mitos de un pasado caduco, sin sentido
- Se prestan a una reinterpretación
- Pueden ayudar todavía a vivir y morir en confianza

AFIRMACIONES GENERALES ACORDADAS (AGA)

1. Es un hecho comprobado que esto que entendemos por vida tiene un término que llamamos muerte.
2. Pero el término “muerte” es susceptible de varios significados según el paradigma mental en el que se entienda.
3. Para la gran mayoría de los hombres y mujeres de nuestra cultura occidental, la muerte es el fin de la vida real de la persona, de su yo, conciencia, relaciones...
4. Sobre el “más allá” de la muerte físico-biológica no podemos saber nada con certeza racional o empírica. Cuanto han dicho las diferentes tradiciones culturales/religiosas sobre dicho ‘más allá’ no dejan de ser un constructo mental sin valor de información ‘objetiva’. No por ello carecen necesariamente de todo sentido, en cuanto expresiones simbólicas o metafóricas (poemas, relatos, rituales) que pueden ayudar a asumir mejor la muerte.
5. Las tradiciones teístas, en particular las grandes religiones monoteístas, responden a un paradigma metafísico dualista. Concretamente, las tres “religiones abrahámicas” (judaísmo, cristianismo, islam) comparten la creencia imagen de una “resurrección universal”. Es un imaginario que, en su literalidad, ha perdido sentido para nosotros
6. En múltiples tradiciones místicas universales (tradiciones hindúes, filosofía mística griega, mística cristiana tradicional y actual...), la muerte es el retorno del “espíritu”, “soplo”, “conciencia”, “ser”, “yo”... en su forma separada individual al “espíritu”, “soplo”, “conciencia”, “ser”, “todo”... sin forma espacial ni temporal.
7. Para otros la muerte es un motivo más para dar valor a la vida presente encareciendo actitudes y valores que nos abren a una mayor trascendencia en nuestro propio ser limitado. Dígase también un mayor compromiso autónomo, desde la pura y bella “buena voluntad”, con la verdad, el bien, la justicia y los valores y responsabilidades del humanismo bioecocéntrico.
8. Para muchas personas, religiosas o agnósticas, la principal objeción contra la idea de una muerte que fuera el fin absoluto es la existencia de innumerables víctimas que quedarían eternamente privadas de la justicia, felicidad y vida buena de las que se vieron privadas en (esta) vida. Lo mismo cabe decir ante la constatación de pérdida de muchos logros en esos mismos ámbitos.
9. Para que cualquier ritual, relato o expresión simbólica en relación con la muerte sea razonable y desempeñe su función de ayuda en la elaboración positiva del duelo personal y colectivo, es indispensable contar con las conclusiones científicas suficientemente verificadas en lo que respecta, en particular, a la muerte como hecho físico, así como a los procesos biológicos, físicos y cósmicos en general.

1 ¿QUÉ ES PARA MÍ LA MUERTE EN GENERAL?

- Disolución de todo organismo viviente
- Fin, extinción del individuo y su psique (espíritu, conciencia...)
- Paso, transformación
- No hay “muerte en general”, depende de cada muerte

BERTA MUÑOZ LUQUE

Dada la complejidad y la seriedad del hecho de la muerte, quiero exponer unas cuestiones básicas, casi obvias, pero importantes para mí antes de abordar el tema.

Todo lo que voy a expresar sobre la vida-muerte pretendo que no contravenga “lo razonable” de aquello investigado por las ciencias, no solo las empíricas sino también las humanas. Y digo razonable porque, en esta realidad vida-muerte, me abro al misterio y doy cabida en mis afirmaciones a contenidos alumbrados por las tradiciones sapienciales y por algunos místicos que, en ambos casos, alientan mi confianza, que no mi certeza, para abordar y vivir experiencias de vida-muerte. Y afirmo esto porque, en el día a día, se puede sostener la incertidumbre pero no se puede vivir sin confiar en la Vida.

A mi entender vida y muerte son realidades que se implican mutuamente. Son como las dos caras de una misma moneda. Mientras estamos vivos hay millones de células, de recuerdos, de emociones, de relaciones, de experiencias... que están muriendo a la vez. Son no dos. Por eso me refiero a ella como vida-muerte.

En los procesos de vida-muerte, la energía se manifiesta, se condensa en el cuerpo y realidades materiales, que podemos percibir y conocer con nuestros sentidos y son objetos de investigación de las ciencias empíricas. También esa misma energía se manifiesta en aspectos sutiles de nuestra existencia, que son aquellos originados por nuestra capacidad de autoconsciencia, son los creadores de espacios de sentido en nuestras vidas que “son recursos sinérgicos caracterizados por su infinitud, por su posibilidad de generosidad, por tener una dirección contraria a la entropía que enfría el mundo” (J.C. Monedero), tales como el amor, el saber, la información, la creatividad, la bondad, la verdad, la belleza, los valores... que han de ser “investigados” por las ciencias humanas, porque su metodología es integradora, es decir, capaz de abrirse a su carácter sistémico, a la infinitud y hasta al posible misterio que pueda darse en todo ello.

Pero creo que, como se trata de dos manifestaciones de la misma energía, es muy difícil separar o ignorar ambas expresiones, material y sutil, en el conocimiento y la experiencia sobre vida-muerte. De ahí la necesidad, a mi entender, de la apertura al diálogo entre ambas ciencias o ambos enfoques para abordar lo material y lo sutil a la vez y de manera armónica en el planteamiento de vida-muerte. De lo contrario, se podría caer en fragmentar y excluir aspectos fundamentales de esa compleja y no dual realidad.

Respondiendo a los epígrafes de la 1ª pregunta. Es evidente que la muerte es un final y una disolución de todo organismo viviente, pero sólo en aquella energía condensada y manifestada en forma de materia, tal y como acredita la ciencia y nuestra experiencia. Lo sutil, es decir, todo lo que somos capaces de crear, expresar y experimentar por nuestra autoconsciencia se integra en el Ser que ya es, que ya somos y que sostiene y alienta todo.

Ya hay especialidades de las ciencias médicas (psiquiatría, neurología, cardiología) y humanas (psicología, sociología y la filosofía como disciplina humanística) que investigan sobre la consciencia y su no dependencia funcional de la estructura cerebral, también sobre cuidados paliativos y acompañamiento del tránsito de la muerte y sobre experiencias cercanas a la muerte (ECM) y lo hacen de manera interdisciplinar. En relación con las ECM, quiero honrar la aportación pionera y en absoluta soledad de la Dra. E. Kübler-Ross. Actualmente hay iniciativas, como el Proyecto Luz (estudio prospectivo internacional de ECM en pacientes sobrevivientes de paro cardíaco en hospitales de Europa y América Latina).

Asimismo, hay tradiciones sapienciales, como el zen y la no dualidad, que sostienen mi confianza en que la muerte es una transformación, un retorno a la Vida, al Ser que ya somos. También, como he dicho al principio, apoyo mi confianza en la experiencia de personas místicas como el Maestro Eckhart, Juan de la Cruz, Teresa de Jesús, Dogen Zenji y, sobre todo, en Jesús de Nazaret a quien entrego mi confianza con amor, con libertad y con una alegría inmensa.

En mi experiencia como terapeuta comprobé que no hay muerte en general. No tiene la misma fuerza dramática la muerte “natural” de una persona anciana que la muerte de un niño; la muerte con violencia, suicidios, muerte de hijos... encierran un dolor inconmensurable. Al que se suma la desesperanza y la muerte en vida de aquellas personas que no pueden hallar el cuerpo del ser querido fallecido, porque se trata de una herida abierta, de un duelo inconcluso para siempre.

EMMA MARTÍNEZ OCAÑA

La muerte como realidad de todo lo que tiene vida pluricelular es disolución de ese organismo tal como existe en la tierra, ¿hay algo de todo organismo que perdura? No lo sé tal como digo a continuación, apuesto por la convicción de que la muerte podría ser una transformación. De hecho, muchas sustancias que mueren en la tierra son abono para que otras vivan y de alguna manera permanecen en otra realidad.

Paso, transformación.

Toda realidad material es al mismo tiempo materia-energía, informada, singularizada, pero no aislada sino interconectada, formando parte de todo lo que es.

Si no existe la materia sin energía y si la energía ni se crea, ni se destruye se transforma ¿Qué muere con la muerte? ¿Sólo la forma que cada realidad tiene? Si es verdad que la energía se transforma, la muerte sería un paso, una transformación de esa realidad que muere en otra.

Lo que desconocemos es en qué consistirá esa transformación en cada realidad concreta. Esa energía informada: ¿En qué se transforma? ¿Pierde su singularidad para convertirse en una gran energía sin formas, ni identidades?

No tengo respuestas científicas pero mi sentido común y mis convicciones me hacen pensar que esa información singular no desaparece, ni se pierde, permanece transformada, aunque no sepamos decir, de momento, en qué consista esa transformación.

En relación al ser humano no tengo respuestas científicas sino convicciones. El ser humano tiene una singularidad dentro de los seres vivos, tiene una inteligencia espiritual, una libertad (limitada pero real) de elección, tiene responsabilidad de sus actos, tiene una dimensión espiritual, ética, estética, simbólica, creativa, trascendente...

Esta singularidad antropológica es además una singularidad personal cada persona, a lo largo de nuestra vida vamos desarrollando nuestra personalidad, modo de ser actuar, valorar, vivir, elegir...

¿Podría ser que sigamos siendo esa energía informada, diversificada, singularizada, transformada por todas las interconexiones, relaciones, que hemos ido desarrollando a lo largo de nuestra vida por lo que de valores y realizaciones han construido nuestro ser a lo largo de nuestra vida en este mundo?

Yo hoy por hoy apuesto por esta hipótesis, convicción, "creencia" ... todo el largo proceso evolutivo ha sido una continua emergencia creativa, novedad, fusión, destrucción, nueva emergencia, muerte-vida- creatividad Yo tengo una convicción sin certezas, que esta vida en este pequeño planeta llamado tierra no es todo lo que existe, hoy ya se habla de la posibilidad de un multiverso donde podría haber vida ¿Por qué no? Apuesto por la creencia de que la muerte de toda la vida tal como la conocemos es transformación.

GERARDO GONZÁLEZ

A la primera pregunta del cuestionario *¿Qué es para mí la muerte en general?* respondo: *recordando* parcialmente lo que compartí en nuestro grupo (mayo y septiembre 2024) sobre el tema la cuestión. A la misma vez, agrego algunos datos que me sorprendieron en relación con la reproducción y muerte programada a nivel celular.

El morir de los humanos se da en el contexto de la muerte genéticamente programada en gran parte de las especies de seres vivientes. Reproducirse y morir son como las dos caras de la misma moneda: la emergencia y evolución del fenómeno vida en nuestro planeta.

En la visión de mundo moderno la vida se entiende como auto-organización genéticamente programada, heredable, que en los organismos vivientes multicelulares se reproducen en forma sexuada y con muerte programada. Esta última ha mostrado ser una pieza central de la evolución de la vida en el planeta Tierra con la emergencia de formas de vida cada vez más complejas, culminando –hasta ahora– con el *homo sapiens*.

Desde esta perspectiva he llegado a la convicción de que somos “un sistema (cuerpo/mente) de sistemas (órganos/tejidos) de sistemas (células) inserto a su vez en un sistema social y en un sistema ecológico”, siendo el envejecimiento resultado de un deterioro sistémico y la muerte, de un colapso sistémico. Colapso que conlleva la extinción de la persona afectada.

Reproducción y muerte celular programada: Un fenómeno cotidiano

- El cuerpo de un hombre adulto tiene del orden de 36 billones de células. ● El cuerpo humano produce cada día alrededor de 330 mil millones de nuevas células.
- En promedio las células del cuerpo humano son reemplazadas entre cada 7 y 10 años.
 - En la MITOSIS la célula madre se divide en dos células hijas idénticas. Se trata de un proceso de reproducción genéticamente programado.
 - Los TELÓMEROS son regiones en los extremos de los cromosomas que se van acortando en cada división celular. Cuando el acortamiento llega a niveles críticos se produce APOPTOSIS (muerte celular programada).

JOSÉ ARREGI

a) “Disolución de todo organismo viviente”. Ésta es, efectivamente, la primera evidencia dada por la observación y por la biología, por las “ciencias” empíricas en general: la muerte de todo organismo constituye la disolución de ese “todo” (de ese *holon*, totalidad hecha de totalidades más pequeñas y que, a su vez, forma parte de otra totalidad mayor).

“Disolución” significa que los componentes del organismo viviente se disuelven o desintegran: órganos, tejidos, células, moléculas, átomos, partículas... Y no sabemos cómo sigue la serie de los elementos, totalidades u holones que se disuelven, pero sabemos que sigue “infinitamente”, hasta producir asombro y vértigo. La ciencia llega hasta ahí. Sobre lo que pasa en ese mundo infinitamente pequeño, unido al mundo infinitamente grande, más allá del organismo viviente que “muere” o se disuelve, la ciencia todavía no sabe nada.

Sin embargo, la ciencia (Lavoisier...) corrobora la antigua enseñanza de grandes pensadores hindúes (Mahavira...) y griegos (Empédocles...) de que el universo como materia-energía ni se crea ni se destruye, sino se transforma. La ley de la entropía no comporta en absoluto el “fin” de la materia-energía-información. El “orden” en el que la materia-energía está orgánicamente organizada camina hacia la disolución, pero la disolución no significa que la materia-energía se convierta en nada. Creo que, científicamente, lo más probable es que ese caos entrópico (de una galaxia o de este universo derivado del Big Bang) se vuelva un “campo electromagnético” o una “fluctuación cuántica”, de la que alguna vez podría saltar una chispa que daría lugar a otro universo... Para mí, lo más coherente es pensar que el universo/multiverso es eterno.

Por otro lado, la ciencia nos ofrece una bellísima ilustración de que la “muerte” (o disolución) de unas formas es la condición para que de sus componentes nazcan otras formas, como de un huevo de mariposa nace una oruga, que se convierte en crisálida, que se convierte en mariposa (por un día o unas horas). Es como si el organismo vivo, al morir, dijera: “Ahí tenéis todos los elementos que me han permitido ser, vivir, ser yo. Ahora os lo dejo, para que nazcáis y seáis o viváis otras formas. Sed y vivid, y aprended que la vida consiste en dar gratuitamente lo que gratuitamente recibimos. Vivimos porque otros seres vivientes nos dieron todo para vivir. Vivimos si aprendemos que vivimos para darnos, para morir dándonos”. Este discurso no es científico, pero no es contradictorio con la ciencia.

En el fondo, la ciencia nos enseña que la muerte es la condición de la vida. O el precio de la vida, como se quiera. La vida de un organismo no sobrevive sino gracias a la muerte de otros organismos. Yo vivo de organismos vivos que como. En general, se puede decir que no hay vida sin muerte, ni viviente que no muera (¿salvo, al parecer, en el caso de algunas células que se vuelven inmortales...?).

Sin embargo, las diversas biotecnologías nos asoman a la posibilidad de prolongar (significativamente o indefinidamente) la vida de un organismo. En el caso humano, los telómeros imponen un máximo de vida de unos 130 años. Así ha sido, pero eso puede cambiar drásticamente. Ya es posible reprogramar las células para que se conviertan en órganos indefinidamente transplantables. ¿No llegará un día en que se pueda incluso revertir el proceso mismo del envejecimiento celular? La verdad es que no deseo para mí una vida orgánica

sin fin (la historia que cuenta Saramago en su divertida novela *Las intermitencias de la muerte* no es más que eso, una historia divertida, la más divertida de Saramago, comparada con lo que sería una vida sin fin). Me inquieta profundamente el futuro de esta humanidad *sapiens* llegada a unas cotas de saber y de poder nunca alcanzados; da miedo pensar en lo que puedan hacer, o están haciendo ya, los tecnomagnates (ahora arrogantemente instalados en la Casa Blanca).

b) “Fin, extinción del individuo y su psiqué (espíritu, conciencia...)”. En principio asiento a la afirmación de que la muerte es el “fin” del individuo y de su psiqué individual, y también, por lo tanto, de lo que llamamos “espíritu”, “conciencia”, siempre en una forma individual. Efectivamente, parece lógico pensar que el fin del organismo individual conlleva el fin de todas las manifestaciones o cualidades que emergen de tal organismo.

Pero no puedo menos de plantearme la pregunta: ¿Yo soy solo esta manifestación individual emergente —en forma de emociones, pensamientos, autoconciencia— de este organismo físico-químico viviente individual? ¿La “conciencia” es solo esta forma de conciencia tan limitada y egocentrada de la que soy consciente? ¿Mi relación, mi comunión constitutiva, mi “interser” con todo lo que es se reduce a esta relación dual, conflictiva, egoístamente “interesada” que a menudo prevalece en mí?

Tampoco puedo dejar de preguntarme: Si, aun sin saber todavía qué es exactamente lo que llamamos materia-energía, podemos decir que ésta es en todas partes la misma y que está interrelacionada en todo el universo infinitamente grande e infinitamente pequeño; si, por otro lado, podemos igualmente decir que esa materia-energía es también información (ese “código de barras” misterioso que permite o hace que todo sea como es, actúe como actúa, cambie como cambia, se relacione como se relaciona y evolucione como evoluciona); y si, por lo tanto, podemos decir que todo organismo particular (como un ser viviente, o como este ser humano *sapiens* que somos) hecho de materia-energía es también información, y que dicha información de un organismo particular está indisolublemente relacionada con la información contenida en el universo/multiverso entero, ¿es lógico pensar que la desintegración o disolución del organismo individual y de la información que contiene conlleva la desaparición pura y simple de dicha información? ¿No podría pensarse que la información particular se guarda, de alguna forma, en una especie de “memoria cósmica” de la información universal?

Ciertamente, no son cuestiones que me quiten el sueño, y casi da vergüenza plantearlas a la vista de Haití, Gaza, Sudán... y de todas las pesadillas presentes y futuras que pueblan este pobre y maravilloso planeta. Pero también me pregunto si las terribles heridas y amenazas de esta humanidad en este planeta tendrán remedio si no ahondamos la conciencia —admirada, cautiva y responsable— de ser uno con todo.

c) Paso, transformación, pascua. Por todo lo que precede, éste sería el enunciado con el que más me identifico en relación con la muerte: “La muerte es un paso en la historia de transformaciones que tejen o constituyen nuestra vida”. Un paso, una pascua, un cambio de forma, y no la pura aniquilación de la materia-energía-información...

Como he dicho antes, no puedo ni afirmar ni negar nada sobre el destino “último” (más allá de nuestras coordenadas espacio-temporales) de eso que llamamos *psiqué, espíritu, conciencia, información...* o “yo” individual. Depende de lo que se entienda por cada uno de esos términos. Y depende también de cómo sea la relación de ese “yo” individual con el todo (familia, comunidad de la vida, planeta, cosmos, universo/multiverso), teniendo en cuenta siempre que, en cada nivel de la realidad universal hecha de “totalidades”, cada uno de esas “totalidades” u holones es más que la mera suma de sus partes.

Imagino con asombro que cada una de las infinitas formas que existen en el universo no es más que un punto insignificante en la infinita sucesión de pasos, pascuas, formas. Una infinita sucesión de transformaciones. “Infinita sucesión de transformaciones”, sí, ¿pero de qué? De la materia-energía información universal en todas sus formas. Con todo, no puedo sino quedarme abierto, entre el interrogante, la admiración y el reconocimiento, a un “horizonte sin forma” que emerge del universo de todas las formas (de materia-energía-información) interrelacionadas, sabiendo que el todo emergente del universo/multiverso infinito es infinitamente más que la suma de todas las partes y formas de materia-energía-información. Y pienso que quienes han dicho y siguen diciendo *Brahman, Atman, Shunyata, Dao, Dios...* se referían y siguen refiriéndose en el fondo a ese todo emergente, el/lo/la infinita, misterio y fondo de cuanto es, infinitamente más que la mera suma de todas sus partes, más que la suma de todas las partículas ondas de materia-energía-información universal. No menos, sino infinitamente más que todo cuanto llamamos psique, espíritu, conciencia... o “yo”.

Desde un punto de vista científico, aún no sabemos prácticamente nada sobre esas dimensiones más allá de la constitución física empírica y mensurable, matematizable, esas dimensiones “últimas” (o “primeras”) a las que no podemos sino referirnos a tientas, absolutamente a tientas, en torpes lenguaje simbólicos: música, danza, pintura, poemas... o en la mera escucha del silencio o en la mirada absorta de lo que vemos.

d) “No hay muerte en general, depende de cada muerte”. Efectivamente, no existe “la muerte” en general. Cada muerte es única. Una persona muere en paz, otra en angustia, dependiendo de las circunstancias, la psicología y el estado del organismo físico. Para una persona la muerte puede ser la liberación deseada, para otra una lamentable pérdida. No es lo mismo morir de niño, de joven o de anciano, solo o acompañado, reconciliado o enemistado. No es lo mismo morir de muerte “natural” o violenta. Apenas cabe un discurso generalizable a todas las muertes.

Sin embargo, sería bueno que desarrollemos en vida no solo la conciencia de que somos mortales y vamos a morir, sino también la conciencia de que nuestra muerte, al igual que nuestra vida, constituye un fenómeno colectivo, no solo personal; la experiencia de formar parte de una comunidad de mortales, al igual que formamos una comunidad de vivientes; la conciencia de que no solo nos une la vida, sino también la muerte, pues ambas, la vida y la muerte, son inseparables. De modo que el cuidado de la vida y de la muerte propia es inseparable del cuidado de la vida y de la muerte ajena.

SANTIAGO VILLAMAYOR

La muerte en general es un concepto que significa el fin de algo. De un cuerpo físico, un organismo vivo o de la mente. En el caso del ser humano supone la parada físico-biológica y las funciones del cerebro y por tanto el fin de su vida, su actividad mental, autoconciencia o yo y progresivamente la reintegración físico-química de su material.

Hay que distinguir no obstante entre el hecho puntual más o menos largo del final y las suposiciones sobre lo que hay u ocurre después. Mientras hay vida una de las características de la mente es la intencionalidad y anticipación del futuro. Por eso, el tema de la post-existencia es una constante del pensamiento. En este sentido, además de la entropía o degradación generalizada del cosmos, la muerte forma parte de la vida. Su aceptación, rechazo o búsqueda de sentido lleva a elaborar mitos y a tomar medidas de “salvación” u optimización de la existencia, generalmente en forma de religión. La elaboración de una post-existencia del yo al “otro lado del espejo”, el más allá o en un mundo sobrenatural paralelo a este.

TONY BRUN

Confieso que me resulta más difícil responder sobre la muerte que responder sobre Dios (según nuestro cuestionario-guía anterior), tal vez porque la muerte es real, evidente, tangible, comprobable, etc. mientras que Dios - en cualquiera de sus interpretaciones - es un constructo cognitivo humano. Los chimpancés - tan evolutivamente cercanos a los humanos - se mueren y no elaboran dioses. ¿Será que el constructo “Dios” es al fin y al cabo una respuesta de la conciencia de la muerte?

1. ¿Qué es para mí la muerte en general?

No entiendo el porqué de “en general” en la formulación de la pregunta. Comparto plenamente lo expresado por Santiago en su primer párrafo a esta pregunta #1.

Entre las opciones escojo: “- Disolución de todo organismo viviente”(hay que ser precisos y distinguir biológicamente entre “organismos vivientes”).

Si nos referimos al dominio o superreino *eukaryota* y dentro de este más concretamente al reino animal, entonces la muerte es una disolución o extinción que no es instantánea y se suceden varias etapas o períodos con una cronología variable. La primera es la “autolisis” o comúnmente llamada descomposición. Y la última es la “esqueletización”, se produce entre los 3 y 5 años luego de la muerte e inicio de la autolisis del organismo y también dependiendo de varios factores (ambiente, temperatura) esta última etapa puede durar muchos años más. (Ver mi escrito: “La muerte y la pregunta” - Octubre 2024).

La segunda opción es confusa. *“Fin, extinción del individuo y su psique”*
Por una parte reitera la anterior, pues sí, es el *“fin, extinción del individuo”*
(= organismo viviente) y esto incluye - en mi opinión y como dice Santi -
“su actividad mental, autoconciencia o yo”.

Por otra parte, ¿qué se quiere decir con *“su psique (espíritu, conciencia...)”*? *“Psique, espíritu, conciencia...”* ¿Son términos intercambiables? Separar *“individuo y su psique (espíritu, conciencia)”* conduce al clásico y erróneo dualismo cartesiano.

Lo que sabemos que sabemos - hasta ahora - es que eso que llamamos *“conciencia”* es una propiedad emergente de la organización física del cerebro y su actividad. Por tanto, no es una cosa independiente del cerebro. Con la muerte de todo el organismo biofísico-químico, muere también la conciencia y cualquier otra actividad mental.

Lo que sabemos que no sabemos es que a niveles atómicos y subatómicos todavía no conocemos completamente el modo en cómo está organizado el cerebro. Pero se sigue intentando...Nadie puede estar completamente seguro de que la ciencia establecida está en lo cierto, pero hasta ahora parece ser lo mejor que tenemos, inclusive porque busca corregirse a sí misma una y otra vez. Estamos viviendo una época muy especial en que a las propiedades psicológicas se le pueden encontrar explicaciones en términos de propiedades neurobiológicas. Ya no necesitamos conjeturas metafísicas por lo menos para explicar lo que sucede, inclusive, tampoco para explicar *lo que sabemos que no sabemos*.

#####

2 SEGUNDA PREGUNTA: ¿APRENDER A MORIR?

- Basta con aprender a vivir
- También es bueno aprender a morir
- Aprender a morir y a vivir inseparablemente.

BERTA MUÑOZ LUQUE

Quiero afirmar honestamente y con apertura al misterio, es decir, con un margen inmenso de incertidumbre, de respeto y de aceptación ante lo que la Vida “decida” para el final de cada ser vivo, que se muere como se vive.

Cuando cae la creencia en el dios teísta, que tenía poder sobre la vida y la muerte de todo lo por él creado, vida-muerte son procesos que pasan a formar parte de nuestra consciencia y de nuestra responsabilidad para abordarlas tanto en el ámbito personal como en el social y también en cuanto afecta a nuestro mundo.

Creo que hay que aprender a vivir para aprender a morir. En la práctica del Zen decimos que “hay que morir en el cojín”, y no sólo porque el cuerpo duela con la postura –que también- sino porque hemos de morir al ego, a nuestro pequeño yo o yo ilusorio con el que nos identificamos y que nos separa del Ser Uno que somos con todo y todos, para hacernos vivir en una individualidad aislada que nos lleva a la desconfianza, a ver a lo otro como amenaza ante lo que me tengo que defender. De ahí que vivamos en procesos automáticos de acción-reacción más que en procesos humanos de consciencia de ser no con todo lo vivo y, en consecuencia, responder con comprensión, compasión y cooperación por la mutua y colectiva responsabilidad que tenemos con todo lo que es. Esa cooperación es lo que evolutivamente nos ha traído hasta aquí. Cooperar es lo que nos sale de dentro “espontáneamente” cuando alguien o algo necesita de nuestra ayuda, salvo que medie la mente egoica prejuiciada y nos lleve a reaccionar con la agresión o la indiferencia. Esa base de amor y cooperación la compartimos hasta con los primates que nos han precedido.

Aprender a vivir es aprender a ser, es un aprendizaje de vida que nos lleva a transmutar la mente rumiante por la mente atenta para vivir con atención plena desde el corazón, es decir:

- desde lo más profundo de nuestro ser,
- en el presente, puesto que el ego vive de la preocupación por el pasado y por el futuro
 - sin juzgar para poder “sentipensar” y comprender
 - con compasión y compromiso con el cuidado de la Vida en todas sus manifestaciones porque hemos caído en la cuenta de que somos UNO y eso despierta el AMOR, es decir, la capacidad de autotrascenderse, de desidentificarse con el ego, que nos abre a la

comuni3n con todo lo creado y al compromiso con el cuidado de la Vida en todas sus manifestaciones.

Vivir con “mente de mono” nos aliena y nos desquicia porque no se asienta y no vive autoconsciente y sosegadamente sino que parlotea, juzga, condena, excluye, fragmenta, objetiva y parcela, rumia... en lugar de crear, transformar y cooperar. Esto no es f3cil porque el propio ego se resiste a morir y porque no es f3cil responder desde el yo profundo, desde el Ser, al ego de los dem3s. Hay individuos involucionados que hacen un gran da1o a la humanidad porque son responsables de sistemas que sostienen la guerra, el genocidio, feminicidio, ecocidio, la mentira y la corrupci3n... Son individuos involucionados que opacan la Presencia de la Energ3a de Amor que somos, actúan como c3nceres de la humanidad. He de reconocer que me generan una reacci3n agresiva y de rechazo profundo, por m3s que trato de hacerme consciente y responsabilizarme de ello.

No obstante, tengo la confianza, insisto que no la certeza, que la Presencia del Ser, de mi propio Ser que ya soy, y que busco diariamente con amor en el silencio y en la pr3ctica de la atenci3n, me lleve a morir en paz, con autorresponsabilidad, con aceptaci3n y siendo capaz de despedirme de mis seres queridos y de mi cotidianidad, con alegr3a y agradecimiento, tanto por lo vivido como por lo que posiblemente me espere seguir viviendo al otro lado, en otra dimensi3n de la Vida.

EMMA MART3NEZ OCA1A

- Aprender a vivir y aprender a morir son inseparables.

Yo creo que vamos aprendiendo a morir poco a poco, lo mismo que aprendiendo a vivir, no siempre se muere como se vive, pero yo s3 creo que cuando las fuerzas nos fallan ya poco se puede improvisar y lo no trabajado, lo no sanado, lo no desarrollado de nuestras capacidades y posibilidades ya dif3cilmente podr3n ser desarrolladas. S3 creo que hay que aprender de la vida tanto a vivir como a ir muriendo, asumiendo las “pasividades”, contratiempos, p3rdidas, achaques...Es decir asumiendo nuestra vulnerabilidad, no como una desgracia sino como una posibilidad de experimentar nuestra interdependencia y aprender a cuidar y dejarnos cuidar. Reconocer que amar es no solo dar y hacer sino saber acoger la propia decadencia, saber pedir, saber agradecer, saber recibir.

Por eso s3 creo que aprender a vivir y morir son inseparables, aunque sin duda es bueno ir aprendiendo a morir al tiempo que vamos aprendiendo a vivir con la mayor plenitud posible, con la mayor capacidad de amar y de disfrutar posible.

Por eso mismo cada d3a me siento m3s urgida a cooperar con mi implicaci3n personal, social y pol3tica para que todas las personas tengan la posibilidad de vivir dignamente, respetadas en su ser y desarrollando sus capacidades, posibilidades, recibiendo la educaci3n y ayudas necesaria para que as3 sea.

JOS3 ARREGI

a). “Basta con aprender a vivir”. De acuerdo, basta. Pero a condición de entender y asumir a fondo que la vida es inseparable de la muerte. Sería falso pensar que “basta con aprender a vivir” en la medida en que se olvide que la vida conlleva la muerte y nace de la muerte.

Se podría decir que la vida vive de la muerte: vive dándose y vive de lo que se le da (vivimos de lo que comemos...). Gran paradoja: la vida es mortal, pero la muerte es condición de la vida.

Esto mismo se puede aplicar en el fondo a todo cuanto es, más allá del límite (difuso y bastante ficticio) entre lo que llamamos “materia inerte” y “materia viva”. Vivir es darse y recibir. Y darse es morir y hacer vivir. La realidad entera es relación, y la relación es un proceso incesante de muerte y vida, de transformación, de todos los seres .

b) “También es bueno aprender a morir”. Sí, pero en el doble sentido de que la vida es mortal y de que la vida es morir dándose.

Para vivir mejor es preciso aprender a asumir que somos mortales, a aceptar la muerte con lucidez y serenidad, sin fatalismo. La aceptación de la muerte da seriedad a la vida. Pero le da también hondura y valor. Y nos libera de vivir engañosa o patéticamente empeñados en evitar la muerte, nos libera de la compulsión de vivir huyendo de la muerte. Vivimos mejor la vida viviéndola como mortal, limitada. "Si quieres la vida, prepara la muerte", escribió H. Küng.

Por otro lado, la mejor manera de aprender a morir es ir aprendiendo a vivir bien, es decir: reconciliados con nosotros mismos, sanamente satisfechos, en apertura a los demás, en el gozo de las cosas sencillas. Es preciso aprender a vivir sin aferrarnos compulsivamente a nuestra vida, sino dejando que transcurra, que fluya, disfrutándola en lo grande y pequeño, dejando también que venga la muerte a culminar la vida. Se constata que, cuanto más satisfecho está uno de su vida, más fácil le resulta morir en paz. A un joven le cuesta poco morir, a un anciano feliz también.

Así pues, en último término, para vivir mejor, no solo es necesario asumir nuestro límite y nuestra mortalidad, sino aprender a vivir dándose (“muriendo”).

c) “Aprender a vivir y aprender a morir son inseparables”. En conclusión, se puede decir que aprender a vivir y aprender a morir son, en definitiva, lo mismo: aprender a recibirse y a entregarse en paz consigo mismo.

Dicho de otra forma, el vivir y el morir bien requieren aprender a amar siendo felices y aprender a ser felices amando. La muerte puede ser también el acto definitivo de autoentrega: un "entregar la vida" que dice Juan (Jn 15,13), un "perderse a sí mismo" para “salvar la vida” que dice Marcos (Mc 8,35), un dejarse transformar radicalmente como el grano de trigo que dice Jesús en Juan (Jn 12,24). A eso se refiere Pablo al decir "morir con Cristo" (Rm 6,1-11).

SANTIAGO VILLAMAYOR

Aprender a morir y a vivir inseparablemente. Esas cavilaciones sobre el más allá, a veces serios constructos casi verosímiles, fruto del anhelo de infinitud o del amor a la vida, no carecen de utilidad. Por ej. expresiones como “La muerte no puede tener la última palabra” (Horkheimer), o “Buscad el bien y todo se os dará por añadidura” (Jesús de N.) nos dan cierto alivio. Y así ante el innegable fin, por vía del deseo o del postulado la mente entra en el ámbito de lo imaginable. Y la imaginación tiene un valor importante en el conocimiento y en las emociones. Pero ese es su valor limitado. No tenemos certezas, a lo más explicaciones plausibles y analogías. Y no todo es ciencia “exacta o empírica”. Hay mucho conocimiento serio construido como explicación provisional, hipótesis o conjetura.

Y quizás también, a partir de todos estos indicios imaginativos, sin llevarlos al extremo, se pueda compensar la desazón que provoca el final de algo. La ciencia siempre ha comenzado por el asombro y la imaginación creadora, el “insight” o el azar, llegando en algunos casos a la contrastación o sometimiento a prueba y en otros quedándose en standby, en espera sincera, (o interesada, en el autoengaño más o menos consentido).

El ser humano es naturalmente simbólico y “habita el mundo poéticamente”. El vivir poéticamente se da a partir de la explicación científica, es un ejercicio de la capacidad evocativa, de distanciamiento y profundización a la vez, no instrumental (“no solo de pan vive el hombre”), de escucha de la “cualidad humana profunda y del “mundo de la vida”. Cada cosa es lo convencional que la define y el plus de significación que cada uno quiere incorporarle.

Los enunciados y sentimientos religiosos o “espirituales” se sitúan allí en esa perspectiva o intersección de lo que es y lo que podría ser o yo le atribuyo sin retar a la coherencia. Sentido con tanta o más convicción y certeza cuanta mayor es la exigencia de adhesión o necesidad de seguridad y poder. Las experiencias de trascendencia o “transbordo”, terminan construyendo grandes sistemas de fácil seguidismo y cierre conceptual. Dejan de ser símbolos de autoayuda (sin sentido peyorativo) en cuanto se constituyen en autoridad y certeza. Se fundamentan sin posibilidad de error en el recurso a una revelación como única fuente de conocimiento verdadero. Y se alimentan del sacrificio y del ritual colectivo. Se sitúan por encima de la ciencia, como jueces y constructores de creencias en su versión más pobre como son los bulos.

TONY BRUN

¿Aprender a morir? Escojo la afirmación “*Aprender a vivir y aprender a morir son inseparables*” y pregunto lo siguiente: ¿Cómo, cuándo, dónde y quién enseñaría a “aprender a morir”? ¿Debería incluirse “educar en la muerte” en los currículos escolares laicos?

3 TERCERA PREGUNTA: ¿Ayudar a morir?

- Es necesario y lo podemos hacer

- Basta acompañar en silencio
- Es una responsabilidad que implica a las instituciones públicas
- Es sobre todo tarea del personal sanitario
- Depende de cada situación

BERTA MUÑOZ LUQUE

Como dije antes, cuando la creencia en un dios teísta se desvanece, la vida muere cae de lleno en nuestros espacios de sentido y en el ámbito de nuestra responsabilidad. Por eso pienso y declaro que todo el mundo merece vivir morir dignamente, que ES UN DERECHO que tenemos como seres vivos, por el que lucho y llevo a la práctica con mi propio testamento vital y como miembro de la asociación por el Derecho a Morir

Dignamente (DMD). Obviamente la lucha por este derecho se traduce en un compromiso integral de mi propia vida con el apoyo a personas cercanas en momentos de muerte, con el pacifismo, el feminismo, el ecologismo y la lucha contra todo tipo de violencia producida por un sistema capitalista y neoliberal absolutamente injusto y depredador, como filosofía de vida.

De ahí mi compromiso y mi militancia política con opciones y partidos que pongan la vida y la dignidad de las personas en el centro, porque no concibo una espiritualidad, una autoconsciencia separada de la política como compromiso de mejora de la vida de las personas y al servicio del bien común.

Acompañar la muerte en silencio y con presencia de corazón es imprescindible; eso hay que vivirlo cada día en la infinitas muertes que padecemos para que, en los momentos críticos de muerte, salga de dentro con autenticidad. En lo cotidiano hay que morir muchas veces por amor a la pareja, a tus seres queridos, a la convivencia, al dialogo, a la paz, en la aceptación del envejecimiento y también se muere a las propias ideas, a la mente egocentrada, cuando, en situaciones adversas, se opta por confiar en la Vida.

Por supuesto que ayudar a morir implica a las instituciones públicas y al personal sanitario y eso hay que tenerlo claro a la hora de militar y de votar porque requiere de recursos humanos y materiales suficientemente cualificados, concienciados y dotados. Además hay que crear y vivir comunitariamente el dialogo, el testimonio, la denuncia y el compromiso por la paz, por la igualdad, por la eliminación del racismo, de la homofobia, la xenofobia, del feminicidio, del genocidio... para que se genere una opinión pública, una mentalidad solidaria, una cultura favorable a este derecho a vivir morir dignamente no solo para los seres humanos sino también para los animales y para la naturaleza.

EMMA MARTÍNEZ OCAÑA

Es necesario y lo podemos hacer.

Sí creo que es necesario y lo podemos hacer, siempre desde el respeto a cada persona y situación.

Si a lo largo de la vida necesitamos la cercanía, la amistad, el acompañamiento de quienes queremos y nos quieren de un modo especial en los momentos en los que experimentamos la vulnerabilidad de nuestra vida y de nuestra persona. Los tiempos dónde la muerte nos acecha son de máxima vulnerabilidad y por tanto de máxima necesidad de ser acompañadas y acompañar.

Puede cambiar y de hecho cambiará el cómo acompañar para que de verdad sirva de ayuda a cada persona en ese tiempo duro donde presente o sabe que ha llegado el final de su vida en este mundo, el final de sus relaciones, el adiós a lo que ha sido su modo de vivir, sus seres queridos.

Es una responsabilidad que implica a las instituciones públicas. Sin duda que las instituciones públicas tienen una responsabilidad grande, facilitando y favoreciendo que ese momento sea lo más humano, digno y lo menos doloroso posible.

Urgen más medios para que, todas las personas que lo deseen, puedan tener acceso a cuidados paliativos, facilitar leyes justas y cuidadosas que posibiliten la eutanasia para quienes decidan pedirla y que respete también el derecho a la objeción de conciencia de las personas sanitarias que no quieran participar de esa posibilidad, siempre que eso no impida el derecho de acceder a ella.

Es sobre todo tarea del personal sanitario.

Son profesionales muy importantes y tienen un papel muy valioso: unas veces atendiendo en las casas a las personas enfermas y a sus familiares, otras en los hospitales cuidando con el mayor esmero, profesionalidad y humanidad posible.

El problema de la privatización de la sanidad y el hacer de ella un negocio impide y/o dificultad al personal sanitario dedicar el tiempo que necesitan para ejercer esa ayuda adecuadamente y eso es para esas personas una profunda frustración.

Depende de cada situación

Cuidar esos momentos, o ese tiempo de asumir su muerte, puede ser muy variado:

- Puede ser no ocultar, a la persona que desea saberlo, la gravedad de su situación y ayudarle a asumirla.
- Escuchar con mucho respeto y empatía cómo lo están viviendo.
- Ayudar a que la culpa, por lo hecho mal o no hecho, no angustie, no agobie, no llene de reproches ese momento, ayudando a descubrir que en cada etapa de su vida hizo o no hizo lo que pudo y supo.
- Ayudar a reconocer lo bueno, positivo de su vida, de su modo de estar en la realidad, alegrarse y dar gracias por ello.

- Otras veces no harán falta palabras, bastará estar a su lado en silencio respetando, o bien tendiendo una mano amiga que sostiene y asegura que la persona no está sola en ese trance.

En cada situación ese ayudar a morir puede ser muy variado y conviene ser muy prudente y respetuosas con cada persona y su situación, pero nunca abandonándola en esos momentos por muy duro, o difícil que pueda suponer.

JOSÉ ARREGI

Todos los seres humanos vamos y venimos siempre “con tres heridas”, como escribió Miguel Hernández y cantó Joan Manuel Serrat: la de la vida, la del amor, la de la muerte. En ese orden o en otro cualquiera, pues son la misma herida. Pero son también, o pueden llegar a ser, la misma gracia. Y nuestra última vocación consiste en mirar con compasión, hacernos próximos y curar las heridas hasta volverlas gracia, como hizo el buen samaritano. Ayudar a vivir es inseparable de ayudar a morir, tan inseparable como la muerte lo es de la vida, y como la vida y la muerte lo son del amor.

Ayudar a “bien morir” era no hace mucho tiempo una tarea religiosa de primer orden, y eran sobre todo los sacerdotes quienes se encargaban de desempeñar esa misión decisiva: preparar a la persona enferma para una “buena muerte”, en “gracia de Dios”, gracias a una buena confesión general,

la absolución de todos los pecados (los mortales al menos), el abandono en brazos de María, la madre, la confianza profunda en la salvación eterna, la recepción del “viático” (“viaticum” en latín significaba el conjunto de recursos necesarios para un viaje cualquiera; en la Edad Media, “viático” significaba también el impuesto a pagar para poder atravesar las tierras de un señor feudal...). Esas prácticas religiosas –huelga decirlo– y su marco de sentido ya no tienen validez para la inmensa mayoría de la gente, pero la muerte no deja de ser un trance, un momento vital de paso demasiado importante para ignorarla o descuidarla. Y la primera condición para el cuidado de ese tránsito fundamental es reconocerlo. La negación de la muerte –tan frecuente– daña la vida.

Ayudar a vivir bien conlleva ayudar a morir bien, en la conciencia de la gracia de haber vivido y en la “gracia de morir”. Morir puede convertirse en gracia en la medida en que morimos en paz con nosotros mismos, con la vida entera tal como ha sido (con sus luces y sombras), en paz con la familia, con las personas más próximas, sin rencores y sin miedos, con los conflictos resueltos en la medida de lo posible.

La muerte es un paso decisivo en el camino de la vida y no se improvisa en la fase terminal de “esta vida”. Y, al igual que todas/os somos llamadas/os a ayudar a que la vida con sus heridas sea gracia para el prójimo, a todas/os somos nos

corresponde también acompañar en la muerte (con una palabra, con un contacto, con una presencia silenciosa y plena). Todas/os somos llamadas/os a ser buenos samaritanos, a hacernos prójimos, en ese paso delicado de nuestro camino de vida, de muerte, de amor, con su reto, su dolor, su herida. La educación desde la infancia, la administración local, el poder legislativo... y, por supuesto, y de manera particular, el sistema sanitario... han de contribuir a vivir la muerte. La medicina paliativa desempeña un papel determinante para aliviar las heridas de la muerte, pero ella sola no basta. Creo que es necesaria una buena ley de eutanasia (creo que la actual ley española de la eutanasia lo es), una ley que, con las debidas garantías reconozca a cada persona, en la medida de su madurez, la responsabilidad y la libertad de decisión sobre su muerte.

Si toda vida es relación que nos involucra a todos, también toda muerte, como paso constitutivo del viaje de la vida, es relación que nos involucra a todos. Pero ¿no es acaso la muerte el fin de nuestras relaciones? Vuelve la cuestión. Creo que la muerte es el fin de un tipo de relaciones en esta dimensión espacio-temporal, pero no el fin de la relación integral que constituye el ser de todo cuanto es. Es responsabilidad común el procurar que toda muerte pueda ser un gesto “definitivo” (no “último”) de relación, un gesto “definitivo” de donación, por parte de quien da el paso de la muerte, y un gesto de acogida, perdón, acompañamiento, por parte de quienes seguimos caminando. No es posible humanizar la vida sin humanizar la muerte.

SANTIAGO VILLAMAYOR

¿Ayudar a morir? ...lo podemos hacer, implica también a las instituciones públicas...

Ayudar en la vida y en el trance final. Recomendar la buena muerte, que en el último momento no se malogre por recuerdos negativos o falta de cuidados, que no se eche a rodar toda una vida hermosa. Sin embargo cuando todo ha sido sufrimiento, ayudar a suavizar el adiós a una vida que fue más muerte que vida es muy difícil. Paradójicamente entonces la muerte es dejar de morir, acabar con la muerte en qué consistió su vida. El beso de gracia que no el tiro tan reclamado.

Esto por un lado, y por otro “Un año más, un lazo más” que decía mi madre, es decir cuidar la ancianidad y evitar el abandono en la vida que no deja de ser vida debilitada un poco de muerte anticipada.

Se ha ganado la ley de la eutanasia y nos enfrentamos al problema de la eugenesia y prolongación artificial de la vida.

TONY BRUN

¿Ayudar a morir? Nuevamente coincido con lo escrito por Santi. Corresponde a toda la sociedad, y los gobiernos - asesorados por la correcta ciencia - han de legislar, crear instituciones, etc. para acompañar antes y durante a la persona que pide la dignidad de morir. Posteriormente, es ideal también el acompañamiento psico-social a la familia (si lo permitieran).

Por más tiempo y porque el 80% de la población mundial es religiosa de varias maneras, todavía las creencias tendrán un rol aquí, pero nada más que metafórico.

#####

4 CUARTA PREGUNTA: ¿APRENDER EL DUELO?

- Es importante para muchas personas
- Se puede aprender a elaborar el propio duelo
- Se puede aprender a aliviar el duelo ajeno
- Es necesario crear ritos laicos de despedida

BERTA MUÑOZ LUQUE

El duelo, ese dolor profundo, visceral y elocuente es un desgarró aparejado a la pérdida originada por la muerte, que los humanos compartimos con el mundo animal. Es un proceso inevitable y necesario porque si no viviéramos ese proceso doliente sucumbiríamos ante la implacabilidad de la muerte. De hecho,

quienes permanecen impasibles ante la muerte próxima padecen una desconexión de sí mismos tan profunda que puede rayar en la patología. Es importante vivir el duelo con consciencia, atravesarlo sin evasivas, de la manera más sana posible. Para eso es fundamental la escucha compasiva de uno mismo y desvelar la posible culpa y los reproches que suelen aparecer sobre todo ante las pérdidas de seres queridos. Martínez Lozano dice que la culpa no es un sentimiento sino una creencia por eso no evoluciona sino que se enquistas, de ahí que hay que desenmascararla inmediatamente para que no impida la evolución y el tránsito consciente por las etapas (negación, ira, negociación, depresión, aceptación) del proceso de duelo. A lo largo de la vida experimentamos muchas pérdidas con sus duelos, vivirlas con consciencia, con compasión y con responsabilidad, sin proyecciones ni huidas y sin chivos expiatorios, son caminos de aprendizaje del duelo para vivir y morir dignamente.

Los ritos son necesarios porque ayudan a percibir y a iniciar la aceptación de la pérdida para poder transitar el proceso de duelo que conduzca a estar en paz con la muerte.

La práctica del silencio es un camino imprescindible para poder estar a solas con uno mismo acogiéndonos en el dolor de la propia pérdida y de todas las pérdidas que acontecen en el mundo. Respetar y acompañar en silencio creo que es la mejor manera de estar cerca de la persona doliente, con atención a su necesidad y con total y sencilla transparencia de lo que auténticamente somos y es desde ahí desde donde realmente nos entregamos en nuestro acompañamiento.

EMMA MARTÍNEZ OCAÑA

Es importante para muchas personas.

El duelo necesita ser elaborado para que se pueda decir “adiós” sanamente y después decir “hola” a la vida, para seguir viviendo y no quedar enganchadas en la pérdida.

Algunas veces la persona, si tiene recursos internos suficientes y personas cercanas, queridas, amigas podrá ir elaborando sanamente el duelo.

Otras veces necesitará una ayuda profesional para hacerlo. Ayuda que puede acortar el tiempo del adiós y facilitar la capacidad para poder decir “hola” a la vida y la capacidad incluso de volver a disfrutar de ella.

También sin duda se puede aprender a elaborar el propio duelo y a aliviar el duelo ajeno tal como he dicho anteriormente.

- Es necesario crear ritos laicos de despedida, lo creo muy importante.

Hasta ahora hay pocos espacios públicos para crear ritos laicos de despedida.

Somos seres simbólicos y los ritos de despedida pueden ayudar, hasta ahora estos ritos son fundamentalmente religiosos pero cada vez a más personas estos ritos ya no le dicen nada, incluso hay a quienes les aumenta el dolor o las cabrea.

Me parece urgente tener y crear espacios y tiempos para ofrecer ritos laicos de despedida. Cada vez más personas reclaman una despedida sin mediaciones religiosas y no es fácil encontrar espacios adecuados para hacerlo.

JOSÉ ARREGI

Concuerdo con las cuatro afirmaciones propuestas:

a) Es importante para muchas personas. Lo es sin duda. Diría que lo es para todas las personas. E incluso para otros muchos animales –sobre todo mamíferos, pero no solamente éstos–, de acuerdo en cada caso a la medida de la vinculación creada en vida con el familiar o compañero/a perdida. Todo tipo de ruptura o de pérdida conlleva su duelo, un proceso de aceptación, de sanación, de reaprendizaje de la vida.

Ello se aplica de manera muy particular a este animal tan complejo, sensible, vulnerable, que somos los seres humanos. Nuestra infinita complejidad nos hace infinitamente vulnerables. Y como no hay vida humana sin rupturas o pérdidas, tampoco hay vida sin duelo.

La tipología del duelo puede ser tan diversa como la psicología de cada persona y de sus circunstancias concretas, únicas, pero cabe afirmar en general que, tras cada pérdida o ruptura, la vida que sigue ya no será la misma para quien la sufre: la calidad de la vida dependerá, en mayor o menor medida, de la manera en que se haya podido elaborar el duelo.

b) Se puede aprender a elaborar el propio duelo. El duelo requiere atreverse a reconocer el dolor, a mirar la herida abierta y cuidarse de ella, cuidarnos en nuestra tristeza, orfandad o soledad, en la confusión de nuestros sentimientos, en nuestra zozobra y desaliento. El duelo requiere recordar, volver a traer a la memoria y al corazón, la historia de nuestra relación con esa persona concreta que hemos perdido, toda la historia de nuestras relaciones con sus luces y sombras, con su amor y sus pequeños o grandes rencores ocultos, con los conflictos irresueltos, con los silencios nunca rotos, con los pasos que hubiéramos querido dar y no pudimos dar, con el peso de todas las palabras que hubiéramos querido pronunciar y no pronunciamos, con el perdón que hubiésemos querido pedir y no pedimos o que se nos pidiera y no se nos pidió, con todos los problemas que quedaron pendientes cuando la muerte llegó. El duelo requiere volver a acogernos con la mayor misericordia de que somos

capaces, como acogeríamos a un niño perdido y solo. El duelo requiere dejarnos acoger humildemente, sencillamente.

Entonces, la memoria podrá sanar, podremos revivir el pasado y restaurarlo en alguna medida. Podremos permitirnos sufrir la ausencia, y aprender a evocar y acoger la presencia en medio de la ausencia, en cada momento del día y en cada rincón familiar. Nada es irreparable. El duelo puede convertirse en un proceso reparador, por inacabado que sea, de todo lo irreparable.

c) Se puede aprender a aliviar el duelo ajeno. Sí, se puede. Podemos acercarnos, muchas veces en silencio, en escucha atenta, a veces con una palabra sencilla, natural, siempre con la presencia verdadera, sin alarde ni fingimiento ni convención. La simple presencia plena, atenta, sensible, humana.

d) Es necesario crear ritos laicos de despedida. Los rituales tradicionales de la liturgia de difuntos, con su imaginario y su lenguaje, han quedado obsoletos. Ya no consuelan en el duelo ni inspiran en la vida; a menudo producen más bien rechazo. Es indudable que han desempeñado una función esencial para confortar a las personas en duelo, pero es igualmente indudable que ya no confortan a la inmensa mayoría de nuestra sociedad en general, tampoco a la inmensa mayoría de quienes asisten a los ritos funerarios católicos (misas, tanatorios), sea por mera convención social, por vínculo familiar o por gesto de amistad... Todos los motivos, en su ambigüedad, son respetables. ¿Pero no hay alternativa a un rito funerario que sea ha vuelto obsoleto? ¿Basta con suprimir lo que hay?

Es urgente reinventar rituales laicos de despedida que consuelen, conforten, inspiren. Una despedida digna es necesaria. La música, la danza, el silencio, la palabra, el poema, la evocación de la memoria, en un espacio bello y cálido... todo ello puede conmover, aliviar el dolor, acompañar las lágrimas, dar consuelo, dejar un recuerdo imborrable, sanar la memoria, infundir aliento para rehacer la vida. Creo que es indispensable que la administración pública cuide todo ello con mimo. Una buena despedida puede ser el comienzo de un duelo liberador, sanador. Y, sin duda, la Iglesia católica no solo no debería oponer ninguna resistencia a esta transición cultural en marcha, sino que debería acogerla y brindar su colaboración en la demanda social de ritos laicos de despedida. Para empezar, podría abrir y ofrecer generosamente sus templos (construidas, por cierto, no por la institución eclesial, sino por la generosidad de la sociedad creyente de otros tiempos, o por los señores de la época o por instituciones públicas actuales), para que quienes así lo deseen puedan organizar libremente en ellos la despedida de sus seres queridos y aliviar en parte el dolor de su pérdida.

SANTIAGO VILLAMAYOR

Aliviar el duelo ajeno, crear ritos laicos de despedida. Todo eso y acompañar en vida. Ya se hacen. Asistimos ya con frecuencia a nuevas celebraciones no rituales. (véase mi breve artículo: “Un vano en el muro”). Y es una lástima la frialdad con que se despide muchas veces religiosamente a seres queridos porque no se tienen buenos maestros de ceremonias y simbólicos y se deriva en rutina.

... celebramos los funerales laicos, generalmente de activistas sociales, gentes críticas, personas que se animan a salir de los viejos hábitos mentales o del conformismo religioso. No siempre, pues hay también creyentes desnudos que cuelgan los hábitos de ultratumba en este regazo común de una esperanza imprecisa.../.... celebramos sostenidos por un anhelo que no abandona. Sólo expresable en agnósticos poemas preñados de una fe inconcluyente, de un quiero y no puedo. Voz de los recuerdos del cariño cotidiano, de la civilidad compartida, de alguna gran emoción.../... En nuestras clásicas celebraciones cristianas el corazón se dirige a los crucificados y los oídos escuchan el relato del milagro de la resurrección. En las celebraciones laicas el anhelo subsiste pero no se pronuncia ante esa misma incomprensión de la muerte y del mal. Y por extensión y en ese mismo lugar de muertos, calla también del misterio de haber nacido. Y así la incomprensión, el sentimiento trágico de la vida, pasa de corazón a corazón en un no saber y en un silencio sonoro. (de mi escrito “Un vano en el muro”)

TONY BRUN

¿Aprender el duelo?

Supongo que sí. Como decía Thomas Mann: “la muerte de alguien es más un asunto de quienes le sobreviven que de ese alguien”. Aprender mientras se vive todo lo posible en cuanto a la muerte (antes, durante y después), nos hace más consciente de vivir más auténtica y plenamente. La práctica de un duelo razonable, laico, amoroso y atento es necesario, importante. No veo por qué dejar esto solamente en manos del profesional religioso.

#####

5 QUINTA PREGUNTA: ¿Hay algún tipo de sobrevivencia después de la muerte?

- Solo en el recuerdo o la memoria
- El yo profundo sobrevive
- La conciencia sobrevive en la Conciencia
- Todo sobrevive en la “memoria cósmica”

BERTA MUÑOZ LUQUE

Sobre todo es en este punto donde me muevo en la confianza que no en la certeza. Ya me he expresado y respondido en los anteriores. Me mueve la

confianza en que al morir volvemos al Ser que somos ya con absoluta nitidez y sin velos egoicos, volvemos a lo que somos y hemos sido desde siempre. Muere el ego individual con el que nos identificamos, muere la forma, muere la forma. Pero me abro a la posibilidad –puesto que del más allá no sabemos nada- insisto, me abro a la posibilidad de que, en ese Ser que somos, pueda integrarse también la singularidad de la energía de amor con la que quiso manifestarse en mí, mientras transité corporalmente por este mundo. Que eso sobreviva en la Consciencia o en la “Memoria cósmica”, no sé y además me da igual. Lo que sí sé es que la Energía de Amor que sustenta todo y que soy y que somos, no nace ni muere sólo se transforma. Igual que se transforma mi experiencia de sufrimiento y mueren mis percepciones y esquemas cuando me entrego a ese misterio de Amor que sostiene todo y a todos y sigo confiando en la Vida.

Esa transformación que obra en mí el pasar de vivir en mi mente a vivir en mi corazón, me deja en paz y me ayuda a confiar en el Misterio de Amor de la Vida, de la Realidad que ES y no muere. La resonancia mórfica (Rupert Sheldrake) nos permite captar la Información que está en el Universo, en la Vida, pero la condición es acallar la mente y sintonizarnos para que Eso se manifieste. Ese silencio de la mente y esa desidentificación con el ego es el requisito para experimentar la consciencia transpersonal. El camino de la meditación silenciosa ayuda a acceder a esa Realidad transpersonal, a la Realidad que soy, que somos, que ES, ya sin tiempo ni espacio.

EMMA MARTÍNEZ OCAÑA

¿Hay algún tipo de sobrevivencia después de la muerte?

- *Solo en el recuerdo o la memoria.*

Sin duda sobrevive en el recuerdo y memoria de quienes han querido a la persona que muera, pero no solo.

Desde el origen del universo o multiverso las ciencias que lo estudian nos dicen que todo ha sido un larguísimo proceso de transformación creativa, emergentista, donde nada desaparece, sino que se transforma dando lugar a una complejidad cada vez mayor.

Parecería que más allá del recuerdo hay un proceso evolutivo continuo donde cada realidad es o puede ser un peldaño para la transformación de la nueva emergencia.

¿Por qué la muerte del ser humano no puede seguir ese mismo patrón o proceso?

- *El yo profundo sobrevive. - La consciencia sobrevive en la Conciencia*

No sé distinguir entre el “yo profundo” y la consciencia.

Yo tengo la convicción de que esa energía informada y singularizada que somos de alguna manera sigue viva, ¿Vuelve al Ser? ¿Sigue siendo en el Ser, en la Vida, en el Amor, en la Conciencia, en la Energía cósmica...? No tengo pruebas sino convicciones, creencias, compartidas por todas las tradiciones religiosas,

aunque con diversos nombres y formulaciones. Me hacen pensar también experiencias cercanas a la muerte, que algunas personas narran y que de alguna manera parecen mostrar ese seguir siendo en otra dimensión. Experiencias que muchas veces quedan avaladas por los profundos cambios que tienen esas personas, al volver a la vida

No sabemos con certeza nada. Pero la realidad es que, para mi vivir cotidiano, este no es un tema que me condicione la vida. A mí me apasiona el intento de vivir con fuerza, con energía vital, con sueños, valores, utopías, aprendiendo a amar cada vez mejor y con más universalidad, con compromisos personales, sociales, políticos, ecológicos...que dan sentido a mi vida, que me alientan a poner mi grano de arena en cooperar en cada momento con la manera que se y puedo, en hacer de este mundo nuestro, un mundo más justo, y en paz, una sociedad cuidadora y sostenedora de la vida, y una tierra rica en su biodiversidad, respetada en sus ritmos y habitable...

En este querer vivir así me sirve de guía el Jesús de los relatos evangélicos, sigue siendo para mí maestro, guía; me sigue seduciendo el modo de ser y afrontar la realidad que nos muestran esos relatos, no para leerlos al pie de la letra, sino como inspiración y guía para mi ser y caminar.

Todo ello a mí me da sentido y alivia el dolor de la injusticia, la pobreza, las muertes injustamente infringidas de tantas maneras, las amenazas de que vamos camino de ecocidio, y por tanto un posible “suicidio” de la humanidad.

Este mundo nuestro cada día más amenazado y en muchos casos, en manos de personajes, “locos”, sádicos, inmorales... sí me quita el sueño y me duele profundamente mucho más que preguntarme por qué va a pasar con mi pequeño “yo” después de mi muerte. Pero la terrible injusticia de nuestro mundo, el que los verdugos triunfen un día y otro sobre las víctimas sí me hace desear profundamente que esas vidas puedan ser resarcidas, que sí haya un futuro distinto para ellas.

Soy consciente de que el hecho de desearlo, no quiere decir que sea real, pero como con certeza nada sabemos de lo que pasa o no pasa después de la muerte, yo prefiero apostar por la posibilidad de que las muertes que vemos no sean la última palabra. Esa convicción me alienta, me alivia y en nada disminuye en mí el compromiso por luchar por otra sociedad y otro mundo, pero también en la medida que pasan los años descubro nuestra impotencia, vulnerabilidad, incapacidad para erradicar el dolor injustamente infringido, como mucho lo podemos paliar en algunos casos.

Quiero ir aprendiendo también en el día a día a “morir” asumiendo mis vulnerabilidades, yo ya no soy como era antes, ir diciendo adiós a personas, realidades, capacidades, fuerzas, tareas, roles, funciones...irlo viviendo con naturalidad como parte del proceso de la vida en un continuo “adiós” a lo que ya no soy capaz y “hola” a lo que este proceso de maduración, realismo, y aceptación conlleva.

Pero sí me gustaría que hubiese otra oportunidad de vida “distinta”, sobre todo pensando en tantas personas para las que vivir ha sido y sigue siendo un

martirio, un sufrimiento, un sinsentido y hoy por hoy, sin certezas, apuesto a asumir esta convicción.

- Todo sobrevive en la “memoria cósmica”. La verdad no sé lo que sería eso. Pero podría ser que lo mismo que venimos del Cosmos volvamos de alguna manera a él.

GERARDO GONZÁLEZ

¿Hay algún tipo de sobrevivencia después de la muerte?

Pienso que “sólo en el recuerdo o la memoria” y esto en forma metafórica. Al igual que las demás especies, en el Homo Sapiens su muerte está genéticamente programada y conlleva una descomposición sistémica irreversible.

Pueden sobrevivir células, tejidos u órganos después de la muerte de un individuo, como ocurre con los trasplantes y la conservación de óvulos congelados, pero no el ser humano con sus capacidades mentales, autoconsciente, sujeto de comportamientos intencionados y con identidad propia.

No comparto las otras respuestas sugeridas para esta pregunta en este cuestionario. Todas ellas asumen que la conciencia es un “en sí”, con existencia propia. Yo tiendo a pensar que es un epifenómeno humano dependiente, una capacidad de la mente humana. Es un tema para trabajar en grupo.

JOSÉ ARREGI

a) El misterio de la realidad y de la vida. No conocemos aún –y los vivientes de hoy moriremos sin conocer– más que un fragmento infinitesimal del universo en lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, pero podemos decir –con asombro y admiración– que todo lo que conocemos es en permanente pascua: en paso, en movimiento, en transformación sin fin.

Así es la vida, este fenómeno prodigioso surgido de la física y de la química, de eso que llamamos “materia”, que mejor podríamos llamar misteriosa “matriz” cargada de inagotable potencialidad y de creatividad sin fin, eterna matriz “animada” en incesante y universal dinamismo, relación, transformación. No existe una “materia inanimada” ni existe un “espíritu” o “alma” que pueda subsistir sin “materia”, sin alguna forma corporal, aunque sea invisible a nuestros ojos.

b) El destino de las “formas” individuales. Cada forma –un átomo, una molécula o un cristal; una hierba, un pájaro, un perro, un ser humano– es única y es mortal. La transformación conlleva la “muerte” de unas formas y la emergencia de otras nuevas. La “muerte” de una forma es la disgregación de sus elementos “materiales”, condición necesaria para el nacimiento de una nueva forma a partir de la misma “materia”, que ni se crea ni desaparece. Lo vemos en especial en las formas que llamamos “organismos vivos”. La vida es así una infinita red en comunión de vida y de muerte. Vivimos de organismos vivos que comemos. En último término, la vida y la muerte consisten en comer para vivir y en darse a comer para hacer vivir: “Tomad, comed: esto es mi cuerpo”. El organismo que muere deja disponibles, “ofrece” sus células, moléculas, átomos, partículas, su energía..., para que nazca otro viviente. El universo es en el fondo una infinita comunión de vida en pascua permanente, una comunión de vida a través de la muerte. Cada muerte es un gesto de donación.

¿Y qué pasa con estas formas que somos y que, al morir, ofrecemos cuanto hemos vivido, cuanto somos y tenemos, y todos nuestros átomos y partículas y nuestra energía o aliento vital, para que otros vivan? ¿Desaparece sin más para siempre la forma –o el “yo” individual, único y pasajero– al desagregarse todos los elementos “materiales” que la configuran? No sabemos qué decir, ni es esencial que lo sepamos. Aun en el caso de que nuestro “yo” individual –esta forma “material” sintiente y consciente que se recuerda a sí misma– se disipara y aniquilara, no por ello perderíamos el valor y la gracia de haber sido, de haber vivido y de habernos dado –en la vida y en la muerte– para que otros vivan.

c) ¿“Memoria cósmica”? Nada sabemos del futuro de nuestra forma tras el paso de la muerte, pero podemos preguntarnos: ¿No será este universo o multiverso infinito y eterno –hecho de “materia”, energía, información, potencialidad sin fin– como una infinita memoria o un corazón palpitante que alberga la información, el “recuerdo” vivo, vivificador, pascual, de todas las formas que han sido? En cualquier caso, es bueno que recordemos –con pena y gratitud– a las muertas y a los muertos que nos hicieron vivir o que hicieron mejor nuestra vida. Recordarlos/as es una forma de reconocer que viven y de hacer que vivan. Y de transformar nuestra vida y la vida de la comunidad de los vivientes.

¿El corazón del universo albergará también la memoria viviente de todas las formas personales de mentira y crueldad, de poder opresor y asfixiante de la vida que existieron en el pasado, como tantas otras que existen también hoy y que nos amenazan y aterran? Si el universo fuera una memoria infinita, deberían caber en ella –más allá de todo espacio y tiempo– no solo las formas que vuelven la vida más feliz, sino también aquellas que la vuelven más desdichada. No podemos recordar solo las primeras y olvidar las segundas. Pero no las recordamos de la misma manera: recordamos las historias, las vidas, las personas liberadoras para agradecerlas y dejarnos acompañar, instruir, inspirar; recordamos las historias, las vidas, las personas opresoras para observar el daño que hicieron y sanarlo, en la esperanza activa de que el aliento del universo, por la acción de todos los seres y también por nuestra acción, siga abriendo camino hacia la plena realización de su mejor posibilidad: la liberación de todos los seres.

SANTIAGO VILLAMAYOR

I. ¿Desde dónde respondo? ¿Qué modelo de conocimiento uso para responder a las preguntas 5, 6 y 7? (*¿Hay algún tipo de sobrevivencia después de la muerte? ¿Nos enseñan algo las diversas tradiciones sapienciales y/o religión? ¿Tienen sentido todavía categorías como inmortalidad, resurrección, reencarnación?*). Para mí constituyen una pregunta única y sin respuesta.

Es la conciencia humana con toda su complejidad la que conoce la realidad pero también ella misma procede de esa realidad. Una circularidad, identidad y distanciamiento, en la que según donde se empiece da lugar a una interpretación u otra. Sujeto-objeto y también Realidad-Transparencia, según el paradigma cognitivo en el que nos situemos.

A grosso modo encontramos dos grandes interpretaciones del acercamiento al misterio de la vida y la muerte, etiquetadas como espiritualidad occidental y oriental. El “yo”, o sujeto separado, ante el todo o el “yo” en el todo como una forma dentro de éste. La relación separada de la razón y la realidad también ha tenido dos corrientes en la manera de entender el conocimiento y la realidad, empirismo-realismo y racionalismo-idealismo. Pero ni podemos ser un “yo” fuera del todo ni ser “yo” en el todo sin alguna identidad.

Según el primer modelo, más frecuente en la vida cotidiana de nuestro entorno, se adolece de cierto dualismo sujeto-objeto, conciencia- materia. En el segundo, la no-dualidad, el dualismo se manifiesta, a mi modo de ver, en la valoración del “Yo” cotidiano, de “carne y hueso” y el “yo” profundo en el ser total. Ambos modelos comparten sin embargo la conveniencia de la meditación, la purificación, las experiencias místicas y el encuentro o fusión en el Ser. Es el problema clásico del ser y el ente. Todo el ser se da en los entes y no hay ni entes sin ser en el ser.

Hoy por hoy adopto más una ontología/epistemología de sujeto y objeto, que da lugar a la ciencia y otras aproximaciones. Que parte de la ex-sistencia como camino para la insistencia en el Todo. Y más allá de la conceptualización entiendo que la razón también accede legítimamente a la unión mística por vía no estrictamente racional, por el afecto y el símbolo. Es el caso de la poesía y la mística. Y también tienen en común la tarea del abandono del ego. Tanto Agustín de Hipona como antes Platón exigían un alma limpia y pura en el camino de la autotranscendencia interior o el “recuerdo” del conocimiento verdadero.

En la no-dualidad la realidad, un todo que no distingue entre materia y espíritu, se auto transparenta cuando el yo no se interpone. En el modelo dual eso ocurre cuando el yo, que no desaparece pero queda abrazado, se encuentra con el Tú, bien separado del mundo (entonces construido) o bien consistente en todos los seres (Inmanencia trascendente). Nos damos cuenta del mundo y en ese darnos

y no darnos cuenta de lo otro nos damos cuenta de nosotros mismos como sujeto de lo que conocemos y extendemos esa conciencia del mundo y de mí mismo a un Todo unificador de ambos que se ha llamado también Dios.

En la no-dualidad parece sin valor el conocimiento ordinario y científico pues ya somos transparencia de la propia realidad total que soy. No cabe hablar de representación en la mente y de realidad exterior. Ambas son ilusiones. Pero de hecho vivimos gracias a las representaciones o interpretaciones y formulamos explicaciones y leyes que describen la realidad y crean progreso. Cabría entender la no dualidad como la mirada poética o mística concomitante a la mirada conceptual, más intensa una u otra según momentos y fines.

Ninguna de las dos vías se aparta del todo del dualismo, en el modelo occidental se mantiene la diferencia entre sujeto consciente y realidad objetiva, en el modelo no dual entre, el dualismo se produce entre el yo fenoménico o ilusión y el fondo verdadero del ser. Se dirá que el yo fenoménico es ilusión y por tanto el conocimiento, las emociones y todo lo que ocurre en el yo también. La vida consciente es un fértil descenso en la llanura hacia el mar hasta que llegamos a la playa y morimos como río para ser mar. Lo importante es el agua que somos de un modo u otro. Pero estamos toda la vida en la llanura donde ejerce el modelo sujeto-objeto. Nadie vive sus años como mar y si eres mar no eres tú el que vive.

Por todo esto tendría que concluir que sigo estando en el modelo dualista, soy un yo no ilusorio, gota de lluvia, molécula de agua individual, o una futurible molécula fusionada en el mar común. El conocimiento y la donación me acercan e insertan en el todo dándome la oportunidad de sentirme más dentro conforme acrecienta mi yo profundo inseparable del superficial. El ser humano es un submarino en el ser, un ser en el mar

Doy una especial atención a la perspectiva no-dual y trabajo el desasimiento de la “carne” o del “yo interesado”, tarea común en ambos modelos. Y lugar epistemológico en la dualidad, mirar abajo, leer desde los pobres. se libera al darse a los más desfavorecidos.

Resumiendo, desde esta perspectiva yo contemplo la muerte. Es una pérdida y un dolor compartido, nos duele dejar la felicidad lograda y no haberla logrado antes que hubiera muerto la infelicidad. Los relatos simbólicos palian o animan, según los casos, el hecho de morir, en la medida que damos valor a esos relatos en su justa medida. Sea ese momento un previo a la resurrección, un paso, o una reencarnación, o un despertar.

II. ¿Qué respondo a las tres preguntas?

Estas tres preguntas plantean la cuestión radical de todo lo que venimos hablando y que nos ocupó durante varias sesiones. Mi primera constatación es que todo lo que soy y he vivido toca a su fin. Nazco, vivo en el mundo, con otros como yo en el mismo planeta y muero, “somos polvo y en polvo nos convertiremos”. Soy fruto de una evolución, hoy por hoy pertenezco a la última especie en la que aparece la conciencia, un fenómeno tan extraordinario como es la vida o la transformación de la energía-materia. Y morimos.

La conciencia es quien me informa, cualidad paradójica porque es a la vez realidad, está dentro de todo y además configura en su interior ese todo al que pertenece. Conciencia corpórea como todo el ser, unidad sistémica y autopoietica que construye un mundo mental y se construye a sí misma interpretándose como un sujeto o ser individual, ser e individuo. Una condición o identidad circular entre el pensar y el ser

La muerte es sentida como el fin del yo, del cuerpo, del cerebro y de la mente. Y estamos llamados a superar nuestro yo egótico y a profundizar en nuestra inserción y relación en y con el todo. Por eso elaboramos mitos y pseudo-explicaciones sobre la vida con la pretensión, si no de evitar la muerte, al menos de darle sentido. Adquieren la forma de religiones, humanismos o tradiciones de sabiduría. La muerte entonces como el nacimiento son hechos ajenos a nuestra voluntad y solo permiten comprensiones simbólicas.

El que ama la vida, el que ha sido agraciado por ella, se entristece con su pérdida y el que nació y vivió estrellado, en la indigencia y el sufrimiento, no puede menos que desear se acabe.

III. Respuestas concretas

¿Hay algún tipo de sobrevivencia después de la muerte?

Al no saber, sobrevivir ya no es tanto afirmar una continuidad de algún modo de vida tras la muerte, cuanto vivir en la limitación como si la vida fuera ilimitada y se prolongase tras la muerte pues más no podemos decir. La creencia convierte el deseo en realidad y se expresa en símbolos y ritos de consuelo. La gran cuestión se da cuando hay un sufrimiento superior a esa vida, en cuyo caso vale más la libertad de no sufrir que la vida sufriente. Pero la esperanza no se resigna ni en esos casos y siempre hay un resquicio de que las cosas pueden ser de otro modo. ¿O no es esperanza y es ilusión?

Generalmente se experimenta con tristeza, no puede ser de otra manera pues vivir, si nada lo entorpece, es una gran satisfacción. Es mi yo, el fenoménico y profundo, inseparables, lo que se va y con él su mundo que es el mundo, su conciencia y experiencia. Por eso no se siente con gozo, como ganancia, sino dolorosamente como pérdida. Por eso la conciencia se las apaña para encontrarle un sentido, la sobrevivencia.

Soñemos que aun en la desgracia emergen realidades nuevas y que la misma esperanza, vacía y sin concreción alguna, de una post-existencia puede dar sentido. Ese es el valor de los relatos esperanzados o religiosos siempre que no creen bulos y permanecen como símbolos de que la ruptura puede que no sea tal sino un hilillo de pervivencia inexplicable. Un consuelo excesivamente elaborado, un enlace de maroma marinera entre la tierra actual y el “mar adentro” sería siempre el gran riesgo y una expresión del autoengaño o ilusión racionalizada.

En nuestras anteriores reuniones José Arregi entendía la muerte así:

“Al morir, nuestra “conciencia individual” es, efectivamente, “devuelta” a la “materia”, al sustrato disuelto de células, moléculas y átomos, pero esa “materia” es matriz permanente, eterna y universal matriz, de la que todo ha emergido, emerge, seguirá emergiendo. ...mi conciencia individual actual que es como un conjunto determinado de información, ¿se pierde? ¿No se podría decir, metafóricamente y con todas las reservas, que mi conciencia o mi forma o mi información individual se “guarda” de alguna forma en la memoria de la información cósmica universal? ...con todos los reparos, me atrevo a abrirme a la metáfora de “Dios” como Memoria o Corazón en que todo vive. Pero, claro, esa Memoria o Corazón no son algo separado de la “materia” y de cada una/o de nosotras/os”

Yo respondí: “Puede ser esa metáfora de la no dualidad...pero devalúa mucho el yo sujeto y sus vicisitudes existenciales. Recuperamos con ella algo que nos da mucho sentido ante tanta víctima, vida frustrada, error insalvable ... tenemos un motivo esencial para aminorar el mal y tener esperanza. Una potente neutralización de un mal que se convierte así en algo temporal y fenoménico en la matriz universal siendo esta eterna y valiosa, materia y espíritu sin separación.

Pero en esa concepción que preconiza la disolución del yo también se incurre en el dualismo yo fenoménico/yo disuelto en el ser. Y sobre todo nos da respuesta a las negatividades fenoménicas que siempre quedarán como fenómenos arbitrarios. Son inmediatas y aunque estemos de acuerdo en el desasimiento como perspectiva totalizadora para el “yo”, en la pos-existencia nos encontramos que ya no somos el de ahora, mi yo bien querido, ni es fácil entender una inmersión en la conciencia universal de forma trans inmaterial o con otra materia más sutil... ¿Cómo se inserta el genocidio de Gaza? Lo de siempre, el problema del mal, del sufrimiento irredento que pide no solo una compensación más allá sino aquí o en un aquí que es una minucia del todo, pero minucia dolorosa y sin sentido. Si todo el ser es bueno ¿por qué una forma pequeñita enferma en su interior?”

TONY BRUN

¿Hay algún tipo de sobrevivencia después de la muerte? ¿Qué contiene la palabra “sobrevivencia”? ¿Qué se quiere decir con “tipo de sobrevivencia”?

Un tenue matiz sesgado está implícito en la pregunta, pues sutil y apriorísticamente asume una postura conceptual metafísica. Pero esto ya es acientífico.

*Mi primera respuesta a esta pregunta es: “no lo sé”. Me ubico en lo que se conoce como *Permanent Agnosticism in Principle* (PAP). Este es apropiado cuando hay preguntas que nunca podrán responderse pues están más allá del alcance de las evidencias que se pueden reunir, como p.e. la sobrevivencia a la muerte (pero seguramente este PAP no aplica para el caso de la existencia de uno dios o más dioses como ente sobrenatural, etc).*

Ahora bien, si hace referencia a “algún tipo de sobrevivencia” de un yo, o conciencia o alma, o psiquis, etc. respondo que “no, no hay sobrevivencia”. Cuando colapsa el cerebro, colapsa entonces cualquier de estos tipos de sobrevivencia. Lo único que sobrevive son los recuerdos en la memoria de quienes quedan.

Finalmente lo que “sabemos que sabemos” es que, horas (pocas o muchas) después de la muerte de un organismo en disolución está – paradójicamente! - pletórico de vida microbacteriana, gérmenes, etc. Una descomposición que rebosa de vida! Una vida que avanza mientras aumenta la descomposición.

Esta notable evidencia biofísica da pie para la fuerza de la imaginación, la poesía, las metáforas, la mística filosófica y las especulaciones fantasiosas. El fuerte deseo evolutivo de tener creencias metafísicas se alimenta también de este fenómeno biofísico.

#####

6 SEXTA PREGUNTA:

¿Nos enseñan algo las diversas tradiciones sapienciales y/o religiosas?

- Sí, si se leen como lenguaje simbólico, metafórico
- Lo que enseñan son creencias hoy carentes de sentido

BERTA MUÑOZ LUQUE

Por supuesto, para mí las tradiciones sapienciales son recursos sinérgicos que llenan los espacios de sentido de mi existencia y de la del mundo. Por eso, como he dicho antes, pongo mi confianza en la vida de Jesús de Nazaret, en la no dualidad y en la práctica del Zen, que es una transmisión especial fuera de toda doctrina, carece de palabras y letras, apunta directamente al corazón y nos hace vivir en estado de despierto. Para mí estas tradiciones sostienen mi confianza en la Vida, por eso las veo, las siento y las vivo con sumo respeto, con libertad y con agradecimiento. Para mí son más que una filosofía de vida porque implican mi vida diaria para vivirla con atención al aquí y ahora y con un compromiso real con el cuidado de la Vida como camino de descentración del ego. Por lo tanto es un camino, una forma de vida muy real y cotidiana. Por supuesto que en estas tradiciones hay metáforas y símbolos pero los vivo como el dedo que indica la luna, como señales para alcanzar la cima de la montaña, sin aferrarme a su literalidad. Pero también me parece prejuiciado querer reducirlas a meros

símbolos y metáforas carentes de realidad porque no sean objeto de conocimiento científico.

EMMA MARTÍNEZ OCAÑA

¿Nos enseñan algo las diversas tradiciones sapienciales y/o religiosas?

- Sí, si se leen como lenguaje simbólico, metafórico, sabiduría, orientación... que dan sentido a la vida y a la muerte, que ofrecen confianza en la vida y en la muerte, que proponen utopías y valores llenas de sentido. Que ayudan a afrontar la vida y la muerte con confianza, paz, sin miedo.

- Lo que enseñan son creencias que hoy que para muchas personas están carentes de sentido, pero para otras muchas siguen siendo creencias que les ayudan a afrontar la muerte con esperanza, con confianza y eso es positivo para ellas. Y por tanto, para mí son respetables y merece la pena “desmitificarlas” sí, pero no quitarlas a quienes apuestan por mantenerse en ella porque les ayuda.

GERARDO GONZÁLEZ

¿Nos enseñan algo las diversas tradiciones sapienciales y/o religiosas?

Si bien algunas de ellas afirman su carácter de “reveladas”, para mí son todas constructos humanos que tienen entre sus principales funciones dar sentido al vivir y al morir de quienes las profesan.

Entre sus enseñanzas cabe distinguir entre las “concepciones de mundo” y, por otra parte, los valores y sistemas éticos que promueven. Mientras las primeras van quedando obsoletas con los avances del conocimiento científico, las segundas tienden a mantenerse vigentes. Mientras las primeras pueden ser “verdaderas o falsas”, las segundas se evalúan por su contribución a construir un mundo mejor. Un ejemplo es la regla de oro.

JOSÉ ARREGI

a) Antiquísimas sepulturas. La sepultura ritual es una de las huellas culturales más antiguas de la humanidad, muchos miles de años antes de que se formaran las primeras religiones. En el año 2018 se descubrieron en Kenia los restos de un niño *sapiens* de hace unos 78.000 años enterrado con mimo y ternura, como si lo hubieran puesto a dormir. En Israel se han identificado varias sepulturas, tanto *sapiens* como *neanderthales*, de hace entre 90.000 y 130.000 años. Y en pleno Paleolítico se encuentran casos en que la tierra sobre la que descansan los restos humanos contiene polen, ese polvillo maravilloso dotado de células capaces de fecundar la vida; esos restos humanos habían sido depositados

sobre un lecho de flores, en la tácita esperanza de que fueran a germinar, florecer y dar fruto: vivir. Aquellos ritos funerarios les servían –como los nuestros, religioso o laicos, nos sirven hoy– para aliviar la pena, apaciguar los conflictos, fortalecer la confianza en la vida que sigue y que hay que cuidar. ¿Se equivocaban?

Mucho después, todas las religiones crearon mitos y elaboraron doctrinas que expresaban conceptualmente esa oscura esperanza de vida después de la muerte. Todas las religiones son configuraciones o expresiones de la "pasión de lo posible", del deseo o de la esperanza de otra realidad, de otra vida después de la muerte o de otro mundo mejor que éste.

Me referiré solamente a las religiones de Medio Oriente, de la India, de Grecia y de Persia.

b) Egipto. Fue en Egipto donde la creencia de alguna forma de vida después de la muerte alcanzó por primera vez una elaboración teológica de envergadura. "Los egipcios se preocuparon de la muerte y del más allá en una medida que no tiene comparación entre los demás pueblos del Próximo Oriente" (M.Eliade). Mientras que en Mesopotamia se escribía el *Guilgamés* (2.600 a.C.) con su escepticismo, en Egipto se construían las pirámides, extraordinarios y lujosos monumentos funerarios contruidos en honor de los muertos (entre 2.800 y 2.200 a.C.).

Al principio se trataba sobre todo, al parecer, de la inmortalidad del faraón (los textos de las pirámides parecen hablar exclusivamente de ella). Pero hacia el año 2.000 a.C. "se produce un proceso de democratización de la vida *post mortem*" (M. Eliade). En las ideas egipcias sobre el más allá juega un papel fundamental el mito de Osiris, el rey de ultratumba, el símbolo de la muerte y de la resurrección. El destino de Osiris puede realizarse en todo ser humano (compuesto del cuerpo mortal o *jet* y del principio vital o *ka*, inmortal).

Una de las aportaciones principales de la escatología egipcia es la moralización de la escatología: el destino de los muertos se asocia a su rectitud moral en la vida terrena (así en el *Libro de los muertos*). De todos modos, se trata de una escatología individual, acósmica y ahistórica.

c) Grecia. "En la religión griega se aprecia una significativa evolución que va del pesimismo antropológico de Homero a la esperanza en la inmortalidad de las escatologías mistericas" (J.J. Tamayo). En Homero, lo propio de los dioses es su inmortalidad. Los seres humanos son mortales, pero con la muerte no se produce la extinción definitiva de la persona: el alma va a morar al Hades, donde lleva una vida aburrida, triste e insustancial; es preferible ser esclavo en la tierra a vivir en el Hades.

Platón reaccionó contra el pesimismo homérico. Nadie debe considerar la muerte como algo terrible, pues el alma es inmortal (Platón cree en la metempsícosis: el alma desterrada, a través de sucesivas reencarnaciones, ha de ir subiendo hasta reintegrarse plenamente al mundo de las ideas. Platón había recibido la influencia del orfismo y del pitagorismo).

En el orfismo (movimiento místico-religioso que surgió en el VI a.C.), muy relacionado con el pitagorismo (Pitágoras: s. VI a.C.), el ser humano está compuesto de dos elementos: alma y cuerpo. El ser humano se identifica con el alma, desterrada en el cuerpo. El orfismo es un camino de liberación del alma a través de ritos de iniciación, de purificaciones rituales y de un estilo de vida (ascesis como camino de liberación). La escatología tiene una doble resolución: la condenación (o bien castigo en el Hades o bien reencarnación en seres inferiores) y salvación (el "banquete de los puros"). "¿Quién sabe si vivir no es morir, y si morir no es vivir?", dice Eurípides, citado por Platón. "Tal vez, en realidad, estamos muertos", dice Platón. Las ideas órficas ejercieron una gran influencia en el pensamiento griego, a través de Platón, que le dio una fundamentación filosófica a la creencia en la inmortalidad.

Al igual que en el orfismo, la preocupación por la vida más allá de la muerte está en la base de las religiones místicas. Son una serie de ceremonias secretas de iniciación que recuerdan, representan y actualización la muerte resurrección de alguna divinidad (Osiris en Egipto, Cibeles y Attis en Frigia, Eleusis en Grecia, Mitra, Adonis... en Roma). Las divinidades celebradas son con frecuencia de origen oriental, y los ritos de iniciación procuran la comunión con la divinidad y aseguran así la inmortalidad: de ahí el éxito y la gran difusión popular que alcanzaron.

d) India. Los textos védicos (de finales del segundo milenio a.C.) afirman la inmortalidad feliz personal en el paraíso de los dioses. Pero en las *Upanishad* (800-400 a.C.) encontramos la elaboración de la doctrina típica del hinduismo en relación con la muerte y el más allá: la doctrina de la liberación (*moksa*), que consiste en la superación del círculo infernal de las interminables reencarnaciones (*samsara*) a que se ve sometido el ser humano a causa de la ley rigurosa del *karma* (el peso de las acciones). La liberación consiste en la identificación con el Brahman, principio y fundamento de toda realidad, y no se logra a través del sacrificio, de la ascesis o de la vía ética, sino a través del conocimiento, de la introspección espiritual. Según la corriente hindú popular de la *bhakti* (devoción), la unión con Brahman se puede conseguir por la acción o por la meditación, pero sobre todo por la devoción (el amor a la divinidad). Cabe entender esta identificación con Brahman como anulación de la personalidad individual o como máxima realización de la persona.

Buda lleva a cabo, con coherencia extrema, una reforma radical de la religión védica, y en concreto de la doctrina de la liberación de las *Upanishad*.

El budismo es una religión por antonomasia de la salvación o de la liberación de la rueda de las reencarnaciones.

En la tradición budista más rigurosa (la *Theravada*), la liberación depende solamente del propio esfuerzo (las últimas palabras de Buda: "Trabajad vuestra salvación con diligencia"). Pero en el budismo popular se extendió la creencia en salvadores (*bodhisattvas*), o incluso la corriente de la fe en el Buda primordial o Amida (budismo japonés, budismo de la sola fe): la salvación se obtiene por la invocación confiada al Buda Primordial por la recitación del *Nembutsu* ("meditación sobre el nombre de Amida").

La liberación consiste en el *nirvana*. ¿Qué es? Buda nunca lo definió. Algunos lo entienden en forma negativa (extinción, la negación de todo lo mundano, de toda apariencia, de toda sed, luego también de todo lo que constituye el yo aparente...). Pero hoy en día se tiende a acentuar la interpretación positiva del *nirvana*: es la liberación de toda limitación, la plenitud de todo lo fragmentario, la realización de todo lo aparente. El grano de sal se disuelve en el mar, la crisálida se convierte en mariposa.

e) Persia. La religión cristiana debe mucho a la religión irania, a través del influjo directamente ejercido en la apocalíptica judía: ángeles, demonios, ética... De manera especial en el campo de la escatología: fin del mundo, resurrección de los cuerpos, juicio, infierno y cielo, mito del salvador, escatología optimista (triumfo final del bien sobre el mal).

Zaratustra es el gran profeta. El mundo es escenario de la lucha de Dios y de sus ángeles buenos contra el mal. El bien acabará triunfando sobre el mal, y el mundo volverá al estado perfecto en que fue creado. Al final resucitarán todos los muertos y serán juzgados sin distinción de sexo y condición social, según hayan elegido en esta vida: el criterio no serán los sacrificios ni las artes mágicas, sino la ética. Existe un *juicio individual* después de la muerte; cada difunto tendrá que atravesar un estrecho puente –Chinvat–. Existe también un estado intermedio para aquellos cuyas acciones estén niveladas: allí tendrán que esperar hasta el *juicio final*.

En Zaratustra encontramos por primera vez una profunda teología de la historia, enmarcada en un horizonte de optimismo: el bien triunfará sobre el mal en el reino de Ahura Mazda. Algunos textos parecen apuntar incluso a una *apocatástasis*.

SANTIAGO VILLAMAYOR

¿Nos enseñan algo las diversas tradiciones sapienciales y/o religiosas? Estas tradiciones y constructos, relatos o liturgias sin apenas verdad explicativa y gran poder de evocación nos acercan a la sublimidad y a la incondicionalidad de nuestro ser. Hasta hace bien poco nos han dado una razón de vivir y sufrir, entre el santo temor y el amor, en una visión dramática distinta de la levedad del ser de nuestro tiempo. Nos mostraban que una vida vale en cuanto que se da, y así se disfruta.

Hoy prima el hedonismo sobre el eudemonismo. La vida humana cambia según la mitología del aquí sobre el que se monta el más allá. Puede ser una narrativa ambivalente que absolutiza la vida presente y el yo (materialismo craso) o la devalúa hasta su ninguneo (escapismo y denigración). Allí se sitúan a mi modo de ver las representaciones de lo que puede ser el otro lado de la muerte como si esta fuera una puerta a otra realidad. Así ocurre también con los términos Dios, nada, mundo, yo. *No puedo afirmar la otra vida, pero no es absolutamente absurdo que puedan darse*. “Espera lo inesperado...” (Heráclito)

Esta realidad de desdoble tan palpable antiguamente y sustitutiva de la realidad inmediata, ha traicionado bien intencionadamente nuestra fe. Los citados términos no son términos con contenido perceptible y categorizable que puedan llenar un vacío de designación, sino que son símbolos del valor de la realidad: “aunque no hubiera cielo (o theos) yo te amara” y “te amo más si me embeleso con un cielo, un Dios o un valor trascendente del amor”.

Dicho de otra manera, son símbolos que evocan o aportan significado pero sin compromiso ontológico. No pueden designar nada por mucha semántica que poseen, no constituyen una prueba de realidad tras la muerte. No todo desaparece, no obstante, queda el recuerdo en algunas generaciones, los objetos perdidos, los gestos invisibles que siguen igual...o quizás el “ápeiron”, lo indefinido, el misterio, la conciencia cósmica universal, el Padre, el Sol siempre... como indecibles.

Con esos símbolos nos parece vivir una existencia más rica sin por eso engañarnos pues nadie sabe en el fondo lo que somos y entonces es preferible la interpretación más honda y larga. El amor crea esperanzas y las esperanzas símiles de realidad.

TONY BRUN

¿Nos enseñan algo las diversas tradiciones sapienciales y/o religiosas? Como lenguaje simbólico, metafórico... hoy carentes de sentido?

Las tradiciones sapienciales y/o religiosas surgidas de la experiencia humana, son constructos que contienen lados luminosos y lados sombríos. Muchas cosas podrían ser todavía pertinentes, y muchas otras se muestran obsoletas, carentes de sentido y de razón. Por eso, hay que entenderlas e interpretarlas. Entenderlas como lenguajes simbólicos y metafóricos, es importante. Interpretarlas como grandiosos productos de la experiencia humana capaces de orientar a la humanidad pero también de sumirla en el más profundo oscurantismo, es necesario.

A mí me enseñan – inclusive sobre la muerte – un lenguaje estético, poético y con ribetes éticos y espirituales de ponderable valor humano.

Pese a todo y desafortunadamente, todavía se sitúan para la inmensa mayoría de sus seguidores como revelaciones absolutas portadoras de un más allá sobrenatural idílico y superior, y anterior a la evolución de la inteligencia y la razón humana. Pero, antiguas tradiciones y/o religiones mueren cuando los que creen en ellas también mueren.

#####

7 SÉPTIMA PREGUNTA:

¿Tienen sentido todavía categorías como inmortalidad, resurrección, reencarnación?

- Son mitos de un pasado caduco, sin sentido
- Se prestan a una reinterpretación
- Pueden ayudar todavía a vivir y morir en confianza

BERTA MUÑOZ LUQUE

Yo nunca he creído en la reencarnación, pero la resurrección y la inmortalidad de mi Ser forman parte de la tradición en la que me eduqué y hace mucho que las reinterpreté a la luz del Zen y de la no dualidad. Ahora esta reinterpretación es aún más clara después de pasar por la criba del postéismo. Digo y repito que asumo libremente, y aún con el riesgo de equivocarme, esta reinterpretación de la resurrección como la transformación y la integración de mi forma individual en el SER que es desde siempre, en la infinita Creatividad que sustenta todo, que ni nace ni muere... porque eso forma parte de mi vivir y morir con confianza en la Vida. Respeto, aunque no comparto, que haya quienes lo que digo les pueda parecer un autoengaño, pero lo vivo honestamente asumiendo esa incertidumbre puesto que, como he dicho muchas veces a lo largo de esta reflexión, pongo en ello mi confianza que no mi certeza, porque la confianza crea la paz y eso me lo debo, por respeto a mí misma, para poder transparentar el Ser, la Presencia de Amor, la Vida que soy, que somos... para poder vivir-morir con amor, con dignidad, con coherencia, con agradecimiento y en paz.

EMMA MARTÍNEZ OCAÑA

¿Tienen sentido todavía categorías como inmortalidad, resurrección, reencarnación?

- Son mitos de un pasado caduco, sin sentido - Se prestan a una reinterpretación más coherente con el nuevo universo simbólico en el que estamos. En este camino estamos ya muchas personas.

Pero esas categorías, como acabo de decir, pueden ayudar todavía a vivir y morir en confianza para muchas personas que están en sus creencias teístas y religiosas y tienen derecho a vivir y morir con ellas.

Son categorías que sin duda son para ellas de una gran ayuda tanto para vivir como para morir en paz y con confianza profunda, siempre que sean categorías saneadas de miedos, culpas, angustias, castigos... y por ello pueden ser fuente de sentido tanto para la vida como para afrontar la muerte.

GERARDO GONZÁLEZ

¿Tienen sentido todavía categorías como inmortalidad, resurrección, reencarnación?

Pasé gran parte de mi vida creyéndome portador de un alma espiritual inmortal que resucitaría en cuerpo glorioso al fin de los tiempos. Hace unos cincuenta años la fe tradicional heredada de mis padres comenzó a desmoronarse, con el consecuente derrumbe de esas creencias que contribuían a dar sentido a mi existencia y a mi muerte. Hoy mi convicción es que el morir pondrá término al camino y al caminante. Que lo que da sentido a mi existencia es el ir amando y siendo amado, como me enseñó mi maestro Jesús.

Yendo más directamente a la pregunta, alrededor de los 8 mil millones de habitantes de nuestro planeta Tierra se estima que el 71% son seguidores de las 4 principales tradiciones religiosas (Cristianismo, Islamismo, Hinduismo y Budismo). En todas ellas de una u otra manera se cree en la inmortalidad, la reencarnación y la resurrección.

En suma, puede decirse que estas creencias, compartidas por la gran mayoría de los terrícolas, “ayudan a vivir y morir en confianza”.

JOSÉ ARREGI

a) Inmortalidad y resurrección. No podemos mantener el dualismo subyacente a la idea de la inmortalidad, como si alma y cuerpo fuesen dos elementos o componentes distintos que en la muerte se separan, como si el cuerpo muriera mientras el alma pervive.

Tampoco podemos mantener la idea, sugerida por la categoría “resurrección”, de que volveremos a la vida con una corporalidad física como la actual.

La categoría “inmortalidad” puede valer para expresar que el ser “esencial” no muere. La categoría “resurrección” puede valer para expresar que el ser esencial que vive es biológica, social, política, espiritualmente “corpóreo”.

b) Reencarnación y resurrección. La categoría de la reencarnación, literalmente insostenible, expresa en el fondo intuiciones profundas que pueden ser válidas: que todo perdura y nada se pierde, que todo evoluciona y progresa, que toda la realidad está interrelacionada, que en toda acción presente se juega en parte el futuro personal y universal.

La categoría de la resurrección, inaceptable en su literalidad, puede seguir siendo una poderosa imagen para sugerir la muerte no tiene la última palabra, que la vida no es un breve paréntesis entre dos vacíos silenciosos, que también la vida de los que murieron en el pasado sin conocer la utopía, aquellos que se entregaron por la justicia sin llegar a conocerla, no han malogrado ni frustrado su existencia, que nada se habrá perdido.

Anexo: Una parábola y un poema de Tich Nhat Hahn

1. La hoja y el árbol. Una tarde de otoño me encontraba en un parque, absorto en la contemplación de una hoja muy pequeña y bonita en forma de corazón. Su color era rojizo y casi colgaba de una rama, de la cual parecía que estuviese a punto de caer. Estuve mucho tiempo con ella y le hice muchas preguntas. Supe que la hoja había sido la madre del árbol. Normalmente, pensamos que el árbol es la madre y que las hojas son los hijos, pero al mirar la hoja vi que también era madre del árbol. La savia que toman las raíces no es más que agua y minerales, que son insuficientes para nutrir al árbol, de manera que éste distribuye la savia a las hojas. Estas se encargan de transformar esta savia rudimentaria en savia elaborada y, con ayuda del sol y del gas, enviarla de vuelta para nutrir al árbol. Además, como la hoja se une al árbol por un tallo, es fácil ver la comunicación entre ambos.

Le pregunté a la hoja si tenía miedo porque el otoño había llegado y las otras hojas empezaban a caer. La hoja me dijo: «No, no tengo miedo. Durante toda la primavera y el verano estuve muy viva. Trabajé y ayudé a nutrir al árbol y gran parte de mí misma se encuentra en este árbol. Por favor, no digas que sólo soy esta pequeña forma, porque la forma de hoja es sólo una pequeña parte de mí. Soy todo el árbol. Sé que estoy en el árbol y que, cuando vuelva a la tierra, continuaré nutriendo al árbol. Es por eso por lo que no me preocupa. Cuando deje esta rama y surque el aire hasta la tierra, saludaré al árbol y le diré ‘hasta pronto’».

2. “No estoy aquí”. Tengo un discípulo en Vietnam que quiere construir una estupa para mis cenizas cuando muera. Él y otros quieren incluir una placa con las palabras “Aquí yace mi amado maestro”. Les dije que no desperdiciaran la tierra del templo. “¡No me pongas en una urna pequeña y me coloques allí! —dije—. No quiero continuar así. Sería mejor esparcir las cenizas afuera para ayudar a que los árboles crezcan”. Sugerí que, si todavía insisten en construir una estupa, hagan que la placa diga: “No estoy aquí”. Pero en caso de que la gente no lo entienda, podrían agregar una segunda placa: “Tampoco estoy ahí afuera”. Si la gente todavía no entiende, entonces pueden escribir en la tercera y última placa: “Podéis encontrarme en tu forma de respirar y caminar”. Este cuerpo mío se desintegrará, pero mis acciones me continuarán. En mi vida diaria, siempre practico ver mi continuación a mi alrededor. No necesitamos esperar hasta la disolución total de este cuerpo para continuar, continuamos en cada momento. Si piensas que solo soy este cuerpo, entonces no me has visto realmente. Cuando miras a mis amigos, ves mi continuación. Cuando ves a alguien caminando con atención plena y compasión, sabes que él es mi continuación. No veo por qué tenemos que decir “moriré”, porque ya puedo verme en ti, en otras personas y en las generaciones futuras. Incluso cuando la nube no está allí, continúa como nieve o lluvia. Es imposible que una nube muera. Puede convertirse en lluvia o hielo, pero no puede convertirse en nada. La nube no necesita tener alma para continuar. No hay principio ni fin. Nunca moriré. Habrá una disolución de este cuerpo, pero eso no significa mi muerte. Continuaré, siempre.

SANTIAGO VILLAMAYOR

¿Tienen sentido categorías como inmortalidad, resurrección, reencarnación?

Son mitos de un pasado que hay que reinterpretar con otros símbolos y gestos naturales no con la creación de mundos paralelos. La doctrina anticuada de las Historias sagradas de Salvación ya dice poco, (mejor la belleza de la ciencia). Hay que rescatar su sentido simbólico y aligerarlos de certeza y descripción, rasgos estos que las hacen aparecer como falsas verdades. José María Mardones hablaba mucho de la necesidad de la actitud simbólica, que rompe tanto el reduccionismo como la ilusión de realidad.

Esas sonatas de bello sentir o sinfonías se construyen a partir de compases tan sencillos como éstos mantras: “La injusticia no puede tener la última palabra”, “hay más ser que nada”, “más amor que odio”, “si es así por qué no ha de seguir así”, “nada se pierde aunque parezca lo contrario”, “el que mucho ama no muere”, “cuán bello y valioso es el mundo a pesar de todo”, “sentir aquí la belleza del bien nos hace eternos”, “ama y muere lo que quieras” o “la muerte viene por sí sola no traiciones la vida anticipándola o temiéndola”, etcétera.

Tenemos que inventar otro lenguaje, fomentar la voluntad de vivir simbólicamente para romper tanto mercantilismo y yoísmo.

Adenda a mis respuestas.

Por muchas vueltas que le doy y esperanzas que le pongo, al final la muerte se me manifiesta como mi fin, la terminación de la vida y existencia, de la conciencia y la materia que constituyen el yo. Así la siente hoy una mayoría creciente de personas, lejos ya de las metáforas de la Resurrección o la Unidad en la realidad profunda e inmortal.

Pero ¿esto no es también otra metáfora más realista según la percepción inmediata? ¿Un símbolo más explicativo?

Son mi yo, el fenoménico y profundo, inseparables. Y vivo en un contexto en el que se va y con él su mundo que es el mundo, su conciencia y experiencia. Por eso no se siente con gozo, como ganancia, sino dolorosamente como pérdida o liberación si ha sido un tormento.

El que ama la vida, el que ha sido agraciado por ella, se entristece con su pérdida y el que nació y vivió estrellado, en la indigencia y el sufrimiento, no puede menos que desear se acabe. Amo mi yo, es fuente de bondad y belleza vinculada a lo que se pierde. Fuente de relaciones, de disfrute y valores. No quiero perder ese yo tan valioso.

A partir de estas constataciones podemos hablar de cuidar la vida, preparar la muerte y acompañar el duelo, pero sin engañarnos. Los constructos de esperanza sean religiones o espiritualidades del tipo que se quiera, no cumplirán su función si hacen oídos sordos a esta primera perspectiva y dan como realidad cierta lo que es un relato de sentido. Como tales son necesarios. Ayudan si son bellos y conmovedores y animan a la compasión activa. Hacen daño, engañan, si se dan como explicación y doctrina. O si no se dice nada y se abandona la mente humana a su suerte (que suele ser la del economicismo y sus colaterales)

Este realismo perceptivo y el agnosticismo de la razón pueden también incurrir en lo mismo. Y nuestra labor se mueve entre la constatación empírico social y la

llamada a la esperanza de que nada se pierde, con unos relatos u otros. Pero no en la nada o vacío.

TONY BRUN

¿Tienen sentido hablar de inmortalidad, resurrección, reencarnación? Para quienes creen, por supuesto que tienen sentido. Para quienes creen, son los potenciales y posibles destinos después o a continuación de la vida. Esto les ilusiona con consuelos y esperanzas, que aunque falsas, no importa, y el autoengaño todavía complace.

Para mí no tienen gran sentido, excepto considerarlos como mitos y creencias - inclusive como metáforas - todavía sobrevivientes del estadio mítico de la evolución de la conciencia y el desarrollo humano. Reinterpretarlas una y otra vez - y otra vez más – para que se acoplen según los avances de nuevos paradigmas y conocimientos, parece ser el afán de quienes todavía quieren “creer en las creencias” (Daniel Dennet).

